

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

DIARIO ESCRITO EN LA TUMBA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

384 — El pozo de las maldiciones, *Ralph Barby*.
385 — Horror infinito, *Clark Carrados*.
386 — El clan de la calavera, *Joseph Berna*.
387 — Aliento de ultratumba, *Lou Carrigan*.
388 — La reencarnación de Carol Merrill, *Adam Surray*.

CLARK CARRADOS

DIARIO ESCRITO EN LA TUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 389
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 19.942 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

19 de mayo de 19... —Voy a morir... apenas me quedan fuerzas para escribir mis últimos renglones... Ya he dicho en las precedentes anotaciones quién es el culpable de mi situación... Confío en que este diario, escrito en mi tumba, sea hallado un día por alguien... y el culpable pueda recibir el castigo... que se merece... Se me nubla la vista... La pluma baila en mis manos... Todo se mueve delante de mis ojos... No pasaré de hoy... Mi hija... ¡Oh, Señor... acoge mi alma...!

* * *

El hombre entró con paso firme y se acercó al mostrador, en donde golpeó con la mano un timbre de percusión. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara y el cuello.

—¡Uf, qué calor! —se quejó—. Pero ¿es que en el país del aire acondicionado existen todavía gentes que ignoren sus maravillosas ventajas? —mascულló, irritado.

La puerta y las ventanas del hotel permanecían abiertas de par en par, permitiendo la entrada de la sofocante temperatura exterior. Fuera, en la calle principal de Eastcrane, no se veía un alma.

El sol parecía lanzar ríos de plomo fundido sobre la pequeña población. Zumbaban las moscas, grandes, pegajosas. En el porche del edificio, a la sombra, dormitaba un viejo perro, ajeno, a cuanto sucedía a su alrededor.

El viajero tocó de nuevo el timbre. Al fin, alguien se agitó al otro lado de la puerta que había tras el mostrador.

—Voy, voy —dijo una cansada voz de mujer.

La cortinilla de abalorios que había en la puerta se agitó, espantando las moscas. La mujer se hizo visible.

—Hola —dijo, displicente.

El viajero la contempló con mirada crítica. Era joven todavía, puesto que aún distaba mucho de cumplir los cuarenta años. Seguramente, tenía mucho calor, porque era fácil adivinar que sólo una sencilla bata cubría su cuerpo opulento. «Ni siquiera lleva sostén y apostaría algo bueno a que tampoco se ha puesto bragas», pensó el viajero.

Ella era rubia, aunque seguramente se teñía, de rostro cansado, pero no gastado. Los ojos eran de color café, recelosos y casi hostiles. Los senos eran grandes, redondos y, aunque habían perdido ya la firmeza de la adolescencia, todavía tenían grandes atractivos. Las caderas eran amplias, exuberantes. El viajero hizo una exploración mental a lo que había debajo de la bata y la boca se le secó inmediatamente.

—Hola —dijo—. Soy Caleb Bassiter. Estoy de paso aquí y tendré que quedarme a dormir. ¿Hay alguna habitación libre?

—Claro —contestó la rubia—. Soy la encargada. Me llamo Olympia Warren.

—Encantado, señora Warren. —Bassiter firmó en el libro y ella le entregó una llave—. Primer piso, puerta número dos —sonrió el viajero.

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado? —se sorprendió Olympia.

—Estoy acostumbrado a esta clase de hoteles. Aunque nunca había encontrado una recepcionista tan atractiva.

Ella, halagada, se ahuecó el pelo, a la vez que sonreía.

—No le creo, pero ha hecho una frase muy bonita. Gracias, señor Bassiter.

El viajero hizo saltar la llave en la palma de su mano.

—¿Hay teléfono en la habitación?

—Sí, claro.

—Gracias.

Bassiter agarró el maletín de pequeñas dimensiones que constituía su único equipaje y subió a su habitación. Contra lo que había esperado, el baño funcionaba perfectamente. Una buena ducha le hizo reconciliarse con la vida, al aliviar el calor que sentía. Después, cubierto solamente con la toalla de baño, pasó al dormitorio y levantó el teléfono.

—Diga —sonó a poco la voz de la encargada.

—Olympia, por favor, suba dos cervezas bien frías.

—Sí, señor.

Bassiter sonrió satisfecho. Encendió un cigarrillo y hurgó unos instantes en su billetera. A los pocos momentos, llamaron a la puerta.

—Pase.

Olympia entró, con una bandeja en las manos. Bassiter, complacido, observó que ella no había cambiado de indumentaria.

—Perdone que la reciba así, pero acabo de salir de la ducha —se disculpó el viajero.

—No tiene importancia. ¿Algo más?

—Sí. Una cosa, Olympia.

Ella le miró con curiosidad. Bassiter desplegó en abanico cinco billetes de diez dólares.

—¿Qué significa eso? —preguntó Olympia, en cuyos ojos había aparecido de pronto una chispa de codicia.

—Estaba pensando... He hecho una apuesta conmigo mismo.

—¿Si? ¿En qué consiste?

—En saber si lleva algo más debajo de la bata.

Olympia sonrió maliciosamente.

—El impone de la apuesta es algo bajo —dijo.

Bassiter sonrió satisfecho. «Te calé apenas te eché el ojo encima, pájara. Voy a gastarme cien dólares contigo, pero merece la pena.» Y sacó otros cinco billetes.

Entonces, Olympia, con toda naturalidad, se quitó la bata.

—Has ganado la apuesta —dijo.

Bassiter se lamió los labios. Algo ajada, pero todavía con muchos atractivos físicos.

—En este tiempo, cuando estoy sola, no llevo ni siquiera la bata —añadió Olympia.

El viajero dejó los billetes sobre una mesa. Luego, a su vez, se quitó la toalla. Instantes después, caían los dos sobre la cama, devorándose en un recíproco arrebato de pasión.

Al cabo de un buen rato, Bassiter encendió dos cigarrillos y entregó uno a Olympia. Ella aspiró el humo, complacida.

—¿No te echarán de menos abajo? —preguntó él.

—Tengo una ayudante, la señora Howitz —respondió Olympia con indiferencia—. Además, en esta época, apenas hay clientes. Puede que no lo creas, pero eres el primero en una semana.

—No parece que Eastcrane sea un pueblo muy próspero, ¿verdad?

Olympia hizo una mueca.

—Es un lugar horrible —contestó—. Si fuese mío, le pegaría fuego, créeme.

—Sí, lo merece. Oye, ¿sabes por dónde se va a Churchcrest?

Olympia se sentó bruscamente en la cama. Sus pesados senos se agitaron oscilantes a consecuencia del gesto.

—¿Qué te pasa con Churchcrest? —preguntó.

—Oh, creo que el dueño es un tal Delmer van Roote.

—Sí. También es dueño de casi todo el pueblo. Nos tiene en un puño...

Bassiter soltó una risita.

—Hay otros que le tienen a él en un puño —contestó despectivamente—. Tengo que verle. ¿Sabes por dónde se va a su casa?

—Sal del pueblo hacia el este, y, a dos kilómetros, toma el camino de la derecha. Pronto verás Churchcrest. Ten cuidado; es zona pantanosa. Abundan los reptiles y un hombre puede sumergirse en la ciénaga, a dos pasos del camino, y jamás encontrarán su cuerpo.

—¡Demonios! Sí que es un lugar atractivo. Pero no tengo más remedio que ir allí, encanto.

Olympia se inclinó sobre él y acarició su rostro con los vértices de los senos.

—Pero volverás a la noche, supongo.

Bassiter acarició la carnosa espalda femenina.

—Eso no se discute siquiera —contestó—. De modo que Van Roote es el dueño de Eastcrane.

—Bueno, de casi todo.

—Debe de ser una especie de señor feudal, ¿no? —rió Bassiter.

—Algo por el estilo. Pero si no se hace nada que se le moleste, la vida resulta tolerable.

—Menudo elemento —mascculló el viajero.

—¿Qué te sucede con él? Si no es indiscreción, claro.

—Oh, me debe un poquillo... Nada de importancia... —Bassiter abandonó la cama—. Quiero ir a verle cuanto antes, para estar de vuelta a la hora de la cena.

Olympia se puso la bata.

—Te la subiré a la habitación —sonrió.

Bassiter le guiñó un ojo.

—Esto ha sido una especie de aperitivo —dijo—. Espera al plato fuerte y verás lo que es bueno.

—Ya tengo ganas de probarlo, querido.

—Te aseguro que no lo olvidarás jamás —dijo Bassiter orgullosamente.

* * *

Una hora más tarde, Bassiter estaba sentado frente a un individuo próximo al medio siglo, pero que, curiosamente, ofrecía un insólito aspecto juvenil. Nadie habría dicho que el dueño de Churchcrest tenía más de treinta y cinco años. En su fuero interno, Bassiter tuvo que reconocer que Delmer van Roote era guapo como un galán de cinc. «Como un Paul Newman en sus buenos tiempos», pensó.

—De modo que ése es el motivo que le ha traído hasta mi casa —dijo Van Roote, después de escuchar al visitante.

Bassiter había puesto su portafolios sobre la mesa y lo asintió, a la vez que levantaba la tapa.

—Represento a la organización, con la cual tiene usted contraída una deuda de sesenta y tres mil ochocientos doce dólares y treinta y dos centavos —dijo —. Le extrañará que la cifra no sea redonda, pero, claro, es preciso contar con los intereses, que son los que producen ese pico de doce dólares y algunos centavos.

—Oh, sí, sí, claro —sonrió Van Roote—. Y usted ha venido aquí a cobrar la deuda.

—Si tuviera el dinero disponible, sería mejor para todos. Pero si me contesta negativamente, me han encargado le formule una advertencia. Muy seria, créame, señor Van Roote.

—Pagar o...

Los ojos de Bassiter se endurecieron repentinamente.

—O atenerse a las consecuencias —añadió.

De pronto, se abrió la puerta del despacho en donde conversaban los dos hombres. Una mujer entró, portadora de una bandeja, en la que se veía un servicio de café.

Bassiter la vio y no pudo contener un respingo de sorpresa.

La mujer, que vestía enteramente de negro, tenía el cabello completamente gris. Su cuerpo aparecía encorvado y ladeado hacia la derecha y en el lado izquierdo de su rostro se advertía la cicatriz de una espantosa herida, que había causado la pérdida del ojo de aquel lado. La boca estaba torcida en ese

sentido y sus manos aparecían rugosas y manchadas por alguna extraña enfermedad epidérmica, con las uñas largas como la garras de un enorme gato.

—Diablos —murmuró Bassiter para sí.

—Perdón —sonrió Van Roote—. Le presento a mi ama de llaves, la señora Sprague. Daphne, el señor Bassiter.

—¿Cómo está usted? —saludó aquel monstruo con faldas.

A Bassiter le pareció que ella tenía la boca llena de virutas de metal y trozos de vidrio.

—E... encantado, señora —dijo, evitando mirarla.

—Eso es todo, señora Sprague —indicó Van Roote.

—Sí, señor.

Aquella horrible mujer se marchó. Bassiter sacó un pañuelo y se secó el sudor que cubría su frente, muy amplia, a consecuencia de una incipiente calvicie que ya no se podía ocultar.

—Pobre mujer...

—Sufrió un terrible accidente hace algunos años. Siempre estuvo al servicio de mi familia; comprenderá que no podía despedirla por sus defectos físicos —explicó Van Roote.

—Sí, claro, claro... Bien, ¿qué me contesta usted? Tengo que decírselo a mis representados...

Sonriendo extrañamente, Van Roote tocó un timbre.

Durante una fracción de segundo, Bassiter creyó que iba a llamar a alguien. Luego, de súbito, sintió que el suelo faltaba bajo sus pies.

Cayó a plomo.

Mientras descendía, sus fosas nasales se llenaron de un fétido olor, verdaderamente repulsivo. El viaje en la absoluta oscuridad, duró un tiempo que le pareció un siglo.

Cuando llegó al final, casi había perdido el conocimiento. No obstante, al chocar con aquel suelo blando, casi líquido, supo, durante la fracción de segundo que transcurrió hasta la inconsciencia definitiva, la horrible clase de muerte que le había destinado Delmer van Roote.

CAPITULO II

Alan Spike Hubner miró con ojos desconfiados a su viejo amigo, el abogado Randolph Tower, para quien solía trabajar en ocasiones. Nunca solía negarse a investigar para el abogado, pero en esta ocasión, el trabajo que le encomendaba le parecía algo más que extraño.

—Y tú quieres que vaya yo a aquel poblado, perdido en el Profundo Sur...

—Sí, Spike —contestó Tower—. Quiero que vayas allí y encuentres a Clarissa Kell.

—Desaparecida hace doce años nada menos.

—Interesa confirmar esa desaparición. Quiero decir, que lo que interesa en realidad es confirmar su muerte, para obtener una declaración judicial que permita actuar legalmente.

—Ya. Un asunto de herencia, ¿verdad?

Tower asintió. Parecía profundamente interesado en el caso, apreció Hubner.

El abogado tenía quince años más que él, pero, pese a la diferencia de edad, Hubner y él eran grandes amigos, y la confianza recíproca era absoluta. A Hubner le pareció que en la actitud del abogado había algo más que un interés meramente legal.

—Randy, ¿por qué no hablas claro de una vez? —pidió.

Tower suspiró.

—Está bien. No quería decírtelo... Yo estaba enamorado de Clarissa Kell, enamorado hasta el tuétano, como jamás hubiera creído fuese posible en este mundo.

Hubner se sentía atónito. Jamás hubiese sospechado tales sentimientos en el hombre que tenía frente a sí, elegante, atildado, famoso por su acerada oratoria, capaz de destruir con una sola frase los más encarnizados alegatos de un fiscal. Tower era, además, un miembro notorio de la alta sociedad, cuya presencia se disputaban todos en las grandes fiestas y que hacía suspirar a la inmensa mayoría de mujeres, de quince a setenta años. Nunca se había casado y siempre se le habían atribuido infinidad de romances, unos ciertos, otros inventados y, la inmensa mayoría, buscados por las propias interesadas. Y ahora, de repente, le salía con un amor romántico e incurable.

—Como en el siglo pasado —murmuró Hubner.

—¿Decías, Spike?

—No, nada, nada. Sigue, Randy.

—Está bien. La cosa viene ya de lejos, casi un cuarto de siglo. Clarissa prefirió a otro, un tal Delmer van Roote.

—Y se casó con él.

—Se casó, tuvieron una hija y, andando el tiempo, ella se dio cuenta de la clase de individuo que era su esposo. Por tanto, agarró las maletas, con la niña, claro, y abandonó al marido, dispuesta a pedir el divorcio.

—Para casarse contigo.

Tower asintió.

—Vino a verme. Yo le ofrecí ocuparme de todos los aspectos legales de la cuestión y ella aceptó. De los once años que había pasado junto a aquel bribón, seis, los últimos, fueron un auténtico infierno. Por eso se decidió a abandonarle.

—Muy bien. Continúa, por favor.

«Esto parece un melodrama de la radio», pensó Hubner.

—Clarissa y yo empezamos a hacer planes para el futuro. Pensábamos casarnos, claro. Estuvimos juntos una corta temporada, tres o cuatro semanas... Luego... Ella, un buen día, dijo que debía volver a la casa de su esposo. Tenía que recoger unos documentos. Hubiera ido yo, pero no me atreví. Temí... un encuentro violento. Odiaba a aquel hombre y no sé si hubiera sabido aguantarme. Había veces en que pensaba en pegarle cuatro tiros...

—Debe de ser un tipo verdaderamente odioso.

—No te puedes imaginar —contestó Tower, mientras se pasaba una mano por la frente—. Abreviando, Clarissa fue a verle y ya no volvió. A pesar de todas mis prevenciones, tuve que enfrentarme con Van Roote. Me dijo que su esposa había estado y que se había marchado y ya no tenía noticias suyas. Fui a ver al jefe de policía de Eastcrane y confirmó sus declaraciones. Por tanto, no me quedó otro remedio que resignarme. Pero andando el tiempo, Van Roote consiguió declaración judicial de muerte legal de su esposa.

—¿Y no se preocupó de la hija?

—A decir verdad, la buscó, pero yo me ocupé de que no la encontrase. Clarissa me había pedido por lo más sagrado que no permitiese que su esposo volviese a ver a la niña.

—Ya. Ella desapareció y... ¿qué fue de la chica?

—Yo me preocupé de que no le faltase nada. La interné en un buen colegio, sufragué todos sus gastos... y cuando iba a cumplir los dieciocho años, se fugó del internado.

—Lo cual significa que tampoco sabes su paradero.

Tower suspiró pesadamente.

—Por rara casualidad, los padres de Clarissa viven todavía —manifestó—. Ellos son los que, conocedores del caso, han venido a visitarme. Se hacen viejos ya y no quieren morir sin saber qué fue de su hija y, si es posible también, encontrar a la nieta. Son gente adinerada, en muy buena posición económica. Ruby heredaría algo así como cuatrocientos mil dólares, ya deducidos los impuestos, más una casa muy bonita en las afueras de Atlanta... En fin, una fortunita que le permitiría afrontar el porvenir sin preocupaciones.

—Comprendo. Randy, ¿tienes alguna idea de los motivos que impulsaron a la chica a fugarse del internado?

—Había un profesor que la perseguía casi constantemente. Una vez, incluso, estuvo a punto de violarla. Ella denunciaba los hechos sin

interrupción, pero no la hacían caso. El tipo tenía buenas relaciones y todas sus denuncias iban al cesto de los papeles. Al fin, se hartó...

—Y, como suele decirse, saltó la tapia y se largó —sonrió Hubner.

—Por fortuna, al profesor se le acabó un buen día la protección y lo sorprendieron in fraganti, en el momento de violar a una menor. Todavía está en la cárcel —dijo el abogado.

—De acuerdo, haré lo que pueda, Randy —dijo Hubner.

Tower miró a su amigo, casi implorante.

—Presiento que Clarissa ha muerto..., pero confírmalo. Y si, como sospecho, fue asesinada, encuentra las pruebas de ese crimen. ¡Van Roote irá a presidio por el resto de sus días, te lo juro!

El abogado sacó un talonario de cheques, firmó uno y lo entregó a Hubner.

—No escatimes gastos, Spike —dijo.

Hubner miró asombrado la cifra en el cheque.

—Los abuelos de Ruby también han puesto su granito de arena en este asunto —sonrió Tower.

—Muy bien. —Hubner conocía ya más detalles del caso—. Supongo que debo empezar investigando en Eastcrane.

—Sí, pero te haré una advertencia, Spike —dijo el abogado solemnemente —. Eastcrane es, prácticamente, propiedad de Van Roote. Si se demostrase que asesinó a Clarissa, perdería una enorme fortuna, la cual, como es lógico, iría a parar a manos de Ruby, la legítima heredera. Comprenderás que trate de evitar que eso suceda.

—Me lo imagino y yo evitaré que él evite... —Hubner se echó a reír—. Tú me entiendes, ¿verdad?

Tower tendió la mano a su amigo.

—Suerte —le deseó sinceramente.

* * *

Era un caso que no iba a tener nada de fácil, pensó Hubner aquella misma noche, mientras cenaba en un elegante, pero discreto restaurante. Por fortuna, la provisión de fondos había sido más que generosa y tampoco le habían fijado plazo para solucionar el caso. Al día siguiente, se propuso, emprendería el viaje a Eastcrane, a ciento cuarenta millas hacia el Sudoeste. Mientras tanto, idearía el plan que le permitiese investigar, sin hacerse sospechoso.

Terminó la cena y llamó al camarero para pedirle la nota.

—El señor está invitado —dijo el camarero sorprendentemente—, No tiene que pagar nada, señor.

Hubner, extrañado, alzó las cejas. Entonces vio que alguien, situado en el rincón opuesto, agitaba la mano ligeramente.

Frunció el ceño. De todas las personas de quienes habría podido esperar una invitación, Jules Rhine era el último en quien habría pensado fuese tan generoso. Pero conocía a Rhine, aunque fuese superficialmente, y sabía que

jamás daba un dólar sin esperar algo a cambio.

Puso una propina en las manos del camarero y se levantó, encaminándose a la mesa ocupada por Rhine y dos sujetos de aspecto estólido, de los que sabía eran sus matones y guardaespaldas.

Rhine sonrió. Era un hombre grueso, de amplia papada, con ojos astutos y expresión aparentemente bondadosa. Hubner sabía que era una figura relevante en el hampa de la ciudad, aunque jamás se le había podido probar nada que pudiera infundir a un juez el deseo de enviarle a la cárcel siquiera por veinticuatro horas.

—Siéntese, muchacho —dijo Rhine benévolamente. Chasqueó los dedos y un camarero apareció como por arte de magia, portando un cubo con una botella de champaña y cuatro copas—. Brinde conmigo, Spike.

—¿Qué fiesta es hoy? —Preguntó el joven—. ¿Su cumpleaños?

—Simplemente, celebro su próximo viaje a Eastcrane.

Hubner se puso en guardia instantáneamente. Había oído hablar del perfectísimo sistema de información que tenía el gángster, pero nunca había creído demasiado en ciertas habladurías. Ahora tenía la prueba evidente de la certeza de tales rumores.

—Supongo que será inútil le pregunte cómo lo ha sabido —dijo envaradamente.

Rhine llenó su copa.

—Sí, será inútil, pero no se preocupe y brinde por el éxito que, sin duda, va a obtener. No tema, no se trata de nada ilegal, Spike.

—¿De veras? Es usted tan... sorprendente...

—La mala fama, muchacho —suspiró el gordo—. Como dijo aquél: «Cría cuervos y échate a dormir».

—Me parece que no ha citado correctamente el refrán, Jules.

—Oh, sí, ya lo El otro es: «Cría buena fama y te sacarán los ojos». ¿Comprende el trastrueque?

Hubner miró a su interlocutor por encima de la copa.

—Jules, suéltelo ya —pidió.

Rhine hizo un gesto con la cabeza. Lefty Miles, uno de los guardaespaldas, le entregó un sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó el joven, sorprendido.

—Cinco mil dólares —dijo Rhine tranquilamente—. A su vuelta de Eastcrane le aguardan otros cinco mil... si me trac noticias de mi... contable particular.

—¿Cómo?

—Mi... contable fue hace dos semanas a Eastcrane. Tenía que cobrar una deuda de más de sesenta mil dólares o, por lo menos, conocer datos acerca de la forma de saldarla en el futuro. No he vuelto a saber de él.

—Y usted quiere que yo investigue...

—Aprovechando que viaja allí, para averiguar qué fue de Clarissa Kell, Van Roote por su matrimonio, investigue también qué fue de mi contable.

Repito que, sea lo que fuere, cualquiera que haya sido su suerte, a su regreso tendrá cinco mil dólares más.

Hubner meditó unos instantes.

—Supongo que no desea la intervención de la policía —dijo al cabo.

Rhine emitió una suave risita.

—Está claro, me parece —repuso.

—Muy bien —exclamó Hubner—. Acepto, pero con una condición.

—¿Sí?

—Si veo que se trata de algo turbio, llamaré a la policía. No quiero conflictos con la ley. ¿Entendido?

—Averigüe qué ha sido del hombre y deje lo demás de mi cuenta, Spike. Aunque avise a la policía, pero no deje de informarme de sus pesquisas.

—Conforme. ¿Cómo se llamaba su... contable?

—Caleb Bassiter.

—¿Y el deudor?

—Delmer van Roote.

—La deuda..., ¿procede del juego o de las apuestas en el hipódromo?

Rhine sonreía de un modo especial.

—No se preocupe por los motivos de esa deuda. La cifra son sesenta y tres mil dólares y pico y no estoy dispuesto a perderlos —contestó.

—Muy bien. Haré lo que pueda...

—Usted lo conseguirá, estoy seguro.

—Gracias por la confianza que ha depositado en mí.

Hubner se preguntó si aquella supuesta deuda no sería un pretexto para otro asunto mucho más turbio. En todo caso, trataría de averiguarlo. Y si veía que la cosa no estaba clara...

—¿Cuándo quiere noticias? —preguntó.

Rhine hizo un gesto ambiguo.

—Presiento que Bassiter ya no está entre los vivos. Por tanto, no tengo demasiada prisa en conocer los resultados. Pero sí quiero confirmar su muerte.

—¿Qué hará si averiguo que fue asesinado?

Los ojos de Rhine se achicaron repentinamente.

—Lo leería en los periódicos —contestó.

De repente, sin saber por qué, Hubner presintió que Rhine no se gastaba tanto dinero sin tener otros motivos que una supuesta deuda, muy importante, pero menos que otras causas que no podía conocer por el momento. Ya lo sabría, se dijo. Rhine era de los que invertían cinco para ganar, no diez, sino cien.

Agitó el sobre con la mano izquierda, sonrió, levantó su copa de nuevo y dijo:

—Deséeme buena suerte, Jules.

—Con todo mi corazón —respondió Rhine afectadamente.

Aquella misma noche, Hubner habló con su amigo el abogado y le contó lo sucedido. Tower le prometió investigar por su parte, no sólo la forma en que

Rhine había conseguido la información, sino los otros motivos que el gángster podía tener para haberle encontrado aquel trabajo. Aliviado en buena parte, Hubner se fue a la cama y durmió como un tronco hasta las seis y media, hora en que sonó el despertador.

Treinta minutos más tarde, estaba ya en camino hacia Eastcrane.

CAPITULO III

De pronto, se vio obligado a frenar. Por centímetros, pudo esquivar la colisión contra el coche parado a la salida de la curva de la carretera. A pesar de que solía ser hombre ponderado, no pudo evitar una gruesa interjección, dedicando unas cuantas lindezas centra el imprudente que había detenido allí su vehículo.

Abrió la portezuela y saltó fuera del coche. El otro vehículo estaba desocupado. No se veía a nadie en su interior.

Los dos automóviles, en aquel lugar, constituían un peligro para la circulación. Hubner apartó primero el otro, cuyo dueño había dejado puestas las llaves, y luego el suyo, estacionándolos a unos cien metros de la curva. Se preguntó qué le podría haber sucedido al propietario del otro coche.

Bien mirado, no era difícil de adivinar. Abundaba la vegetación a ambos lados del camino. No muy lejos, entre los árboles, divisó un extraño brillo. Había agua en alguna parte. Quizá estaban ya en la zona pantanosa.

Un poco más allá, divisó una especie de cerro, de pendientes muy suaves por uno de sus lados, en cuya cumbre se veía una casa, de la que apenas se captaban los detalles, a causa de la espesura vegetal. Bastante más cerca, creyó ver un cementerio.

Sí, era un cementerio. Podía divisar la parte superior de un enorme mausoleo de piedra, casi completamente cubierto por las hierbas silvestres. La cruz que remataba el frontis indicaba sobradamente el objeto de aquel lúgubre edificio.

Empezó a impacientarse. Bueno, si el dueño del otro coche tenía ganas de pasearse por aquellos nada agradables parajes, era cosa suya. Lanzó el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el tacón y entonces oyó la voz de la mujer que pedía ayuda:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Era un chillido angustioso. La mujer debía de sentirse en un gravísimo peligro. Hubner se preguntó qué había podido ocurrirle.

Atravesó unos arbustos y corrió cincuenta o sesenta metros entre la maleza, antes de darse cuenta de que sus pies chapoteaban en el suelo. Entonces fue cuando la vio, sumergida hasta la cintura en la ciénaga.

—¡Me estoy hundiendo! —Dijo la chica, con voz que ahora sonaba extrañamente serena—. Pise en falso...

—Espere, voy a ver qué puedo hacer —exclamó Hubner—. Inclínese hacia adelante; así aumentará la superficie de resistencia. Tengo una cuerda en el coche. Vuelvo ahora mismo.

—Pronto, por favor —rogó ella—. No puedo durar más de un minuto. Esto no parece tener fondo.

Hubner giró sobre sus talones y corrió frenéticamente. Entre las herramientas de repuesto, figuraban algunos objetos que podían ser útiles en

determinadas circunstancias. La cuerda de remolque era uno de ellos.

Nunca había corrido tanto en su vida. Morir ahogado en la ciénaga, sumergiéndose lenta e inexorablemente, debía de ser algo horrible, pensó, mientras, con la soga en las manos, regresaba al lugar donde se hallaba la joven.

Cuando la vio por segunda vez, ella alargaba desesperadamente el cuello, tratando de mantener la cabeza fuera de aquel apestoso barro casi líquido, prácticamente invisible a causa de las hierbas que crecían en su superficie. Lanzó la soga y ella se agarró con ambas manos.

Hubner afirmó los pies en el suelo y tiró con todas sus fuerzas. Era robusto y hacía gimnasia periódicamente; no le costó demasiado arrancar a la muchacha del lugar en que se hallaba.

Momentos después, la joven estaba en terreno firme. Había quedado completamente rebozada en barro, pero no parecía importarle demasiado. Agotada, permaneció tendida en el suelo durante unos segundos, hasta que sintió se normalizaba su respiración.

Hubner se acuclilló junto a ella y sonrió.

—Bueno, ya ha pasado lo peor —dijo.

La chica trató de incorporarse sobre un codo.

—¿Qué se le dice a un hombre cuando le salva la vida a una? —exclamó jovialmente.

—Depende —contestó el—. Si la rescatada de la muerte encuentra guapo a su salvador, debe caer en sus brazos, gritando: «Soy tuya». Y si no lo encuentra guapo, con que diga gracias es más que suficiente.

—¿No hay términos intermedios?

—Elija usted misma. El salvador soy yo y no voy a indicarle lo que debe decirme.

La muchacha suspiró.

—Gracias, de todo corazón —dijo—. Ya me veía en el otro mundo, se lo aseguro. ¿De dónde ha salido usted?

Hubner frunció el ceño.

—¿Es suyo el coche que hay en la carretera?

—Sí.

—Lo dejó demasiado cerca de la curva. Estuve a punto de darme el gran tortazo.

—Lo siento. No se me ocurrió pensar... —De súbito, ella lanzó un chillido.

—¿Qué le pasa? —preguntó él, alarmado.

—Pero ¿es que no lo ve? ¡Mi falda! ¡Se quedó en la ciénaga!

Hubner lo advirtió entonces. La chica vestía blusa de manga corta, que era lo que componía la mitad superior de su atavío. De las caderas para abajo, no había más que piel cubierta por barco.

La cara, sin embargo, estaba limpia. Hubner vio que se había puesto roja como una guinda.

—Tengo una maleta con ropa en el coche —dijo ella, con las manos en el

regazo.

Hubner se incorporó.

—Se la traeré —sonrió.

Volvió a los pocos momentos. La chica hurgó en el equipaje y encontró unas bragas y una falda. Hubner, discreto, estaba vuelto de espaldas.

—Ah, por cieno —dijo él—. Todavía no me he presentado. Soy Alan Hubner, aunque todos me dicen Spike. Usted puede llamarme también de esa forma.

—Gracias. Yo soy Ruby Kell —contestó la chica.

Sobrevino un espacio de silencio.

Hubner se sentía terriblemente desconcertado. Allí, delante de él, estaba la hija de la desaparecida Clarissa Kell, Van Roote una vez casada; la muchacha fugada del internado y de la que no se tenían noticias desde hacía tres años. ¿Debía comunicarle los motivos de su presencia en aquellos parajes?

Al cabo de unos segundos, encontró la solución.

Callaría, por el momento.

Lo mejor era dejar que Ruby se explayase, cosa que haría tarde o temprano, esperaba. Siempre había tiempo de decirle la verdad, calculó.

—Encantado, Ruby —dijo—. ¿Vas a Eastcrane?

—Sí. ¿Tú también?

—En efecto. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Spike.

—¿Qué hacías por aquí? ¿Cómo pudiste ir a parar a la ciénaga?

Ruby se volvió y señaló un punto con la mano.

—Vi el panteón, sentí curiosidad y me apeé para contemplarlo de más cerca —explicó—. Sin duda, me distraje a la vuelta y me metí en plena ciénaga.

Una explicación perfectamente aceptable, pensó Hubner.

—En Eastcrane habrá un hotel y podrás bañarte —dijo.

—Lo estoy deseando más que nada en este mundo —sonrió la chica.

* * *

Una vez en el hotel. Ruby corrió rápidamente a su habitación. Hubner quedó junto al mostrador de recepción, firmando en el libro de registro. Delante de él, a dos palmos de distancia, captaba la imagen de los protuberantes pechos de la encargada, una mujer de unos treinta y cinco años, exuberante de carnes, rostro muy pintado y pelo visiblemente teñido de rubio rabioso. Hubner no hizo el menor comentario al ver el nombre de Bassiter tres líneas por encima del suyo.

En dos semanas, después de Bassiter, sólo habían acudido al hotel dos huéspedes. Él era el tercero, si no se contaba a Ruby, claro.

—No parece que venga mucha gente a Eastcrane —sonrió.

—Es un pueblo muerto —contestó Olympia displicentemente—. ¿Para qué

querría nadie venir aquí?

—No es tan feo. Bien mirado, es una población muy tranquila...

—Se ve que no tiene que vivir aquí —dijo ella, riendo agriamente—. En fin, hay gustos. Tiene la habitación número cuatro, señor Hubner.

—Muchas gracias, señora... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Olympia Warren y soy soltera.

—Encantado, señorita Warren.

—Olympia —dijo ella significativamente.

Hubner contempló el vasto escote de la mujer. Quizá valía la pena intentar sonsacarla.

—Olympia, ¿qué diversiones hay en Eastcrane? —preguntó de sopetón.

—¿Diversiones? La taberna de Dingus Akron, si lo que quiere es beber.

—¿Y si quiero otra cosa?

Ella hizo aletear las pestañas.

—Depende —dijo.

—¿De qué. Olympia?

Ella sonrió de un modo especial. Hubner decidió enfilar la cuestión, atacando por un punto que estimó resultaría harto sensible para la rubia.

—Me parece que su sueldo no debe de ser muy elevado —supuso.

—No, no lo es.

—Quizá, a la noche, le interese aumentar sus ingresos. Venga a mi habitación después de las diez y le indicaré el procedimiento.

—Sí, señor Hubner. A las diez —sonrió Olympia.

El joven se encaminó a su cuarto. No le gustaban las mujeres como la encargada del hotel, pero, a veces, suspiró, era preciso sacrificarse.

* * *

Ruby apareció en el comedor a las siete y media, fresca como una rosa, vestida con un simple traje de hilo, sin mangas, y zapatos de medió tacón. El pelo castaño, muy corto, le daba un aire juvenil realmente atractivo. Hubner no pudo por menos de establecer una comparación con Olympia. Perdió ésta.

—Te sientes mejor, supongo —dijo, después de ofrecerle una silla.

—Completamente nueva, aunque hubo un momento en que creí que no podría desprenderme del hedor de la ciénaga —respondió la muchacha.

—Bueno, es cuestión de agua clara y jabón —sonrió Hubner.

Una camarera de mediana edad sirvió la cena. Al cabo de un rato, Hubner dijo:

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Pues... aunque te parezca mentira, sí, nací en Eastcrane. Pero me marché cuando tenía unos diez años, es decir, hace poco más de once.

—Y no habías vuelto hasta ahora.

—Es la primera vez que regreso al pueblo.

—Lo habrás encontrado muy cambiado, supongo.

Ruby hizo un gesto negativo.

—Todo lo más, han pintado alguna fachada. Pero no hay cambios, no puede haberlos en una ciudad muerta.

«Otra que piensa lo mismo que Olympia», se dijo Hubner.

—¿Vas a permanecer muchos días? —preguntó.

—Puede que te parezca extraño, pero tengo algunas propiedades. Quiero conocer su estado legal. Si merece la pena, las conservaré.

—Y, si no, venderás.

—Suponiendo que encuentre comprador. Aquí nadie tiene un dólar... salvo el dueño.

—¿El dueño?

—Sí, hombre. Prácticamente, toda Eastcrane pertenece a un solo individuo.

—Ah, no sabía...

—Se llama Delmer van Roote. Tengo que hablar con él. Parte de mis propiedades están en litigio con ese individuo.

—Parece como si se las hubiera quedado ilegalmente, ¿no?

Ruby asintió.

—En efecto. ¿Y tú? Aún no me has dicho nada...

Hubner sonrió.

—Estoy buscando a una chica —dijo.

—¿Se ha perdido?

—Así podría decirse.

Ruby apoyó la mejilla en su codo.

—¡Qué interesante! —exclamó—. ¿Por qué la buscas?

—Sus abuelos quieren encontrarla. Son ya gente mayor y desean conocerla antes de morir. Le dejarán algo así como medio millón en la herencia.

Ella saltó en su asiento.

—¡Caramba, una bonita cifra! —calificó—. ¿Cómo se ha perdido la muchacha?

—Bueno, se escapó del internado en que se hallaba... tutee ya tres años y aún no se tienen noticias suyas. Por eso quiero encontrarla.

Ruby le miró agudamente.

—Spike...

—¿Sí, preciosa?

—Esa chica a la que buscas, ¿cómo se llama?

Hubner sostuvo la mirada de Ruby.

—Se escapó del internado de St. Malvin, ¿no es así?

—En efecto, ése era el nombre de la institución. ¿Por qué me buscas, Spike? ¿Es cierto que mis abuelos quieren conocerme y nombrarme su heredera?

—Rigurosamente cierto, Ruby. Pero seguiremos hablando en otro momento. ¿Te parece bien?

Ella sonrió encantadoramente.

—Me parece estupendo —accedió.

CAPITULO IV

Tumbado en la cama, Hubner se abanicaba con un viejo diario que había encontrado en una consola. Hacía un calor pegajoso, sofocante, y en aquel maldito hotel no había aire acondicionado. Claro que era mucho pedir para una población tan pequeña. Se preguntó de qué podían vivir sus habitantes.

Eastcrane estaba fuera de las rutas importantes, no había negocios ni industrias y, se imaginó, la agricultura apenas si daría para comer a las dos docenas de familias que residían en aquel inmundo poblado. Tal vez los mejores trozos de tierra estaban en poder del hombre que vivía en Churchcrest. «Vaya un nombrecito. ¿Quién se lo puso al lugar?», pensó.

Consultó el reloj. Faltaban ya pocos minutos para las diez. Olympia, la exuberante encargada, no tardaría mucho en llegar. Esperaba que trajese el whisky y el cubo con hielo que le había encargado después de la cena. Ello mitigaría un poco el asfixiante calor que reinaba en la estancia.

De pronto, oyó un agudo grito.

—¡Eso es incierto! ¡Cochino! ¡Tipo repugnante! Pero ¿qué se ha creído usted?

Alarmado, Hubner saltó de la cama y corrió hacia la puerta. Al abrir, contempló una escena singular.

Ruby, en bata, estaba frente a un individuo gordo, de mediana edad, vestido con camisa clara, de manga corta, sombrero de alas anchas y cinturón con pistolera. Había manchas de humedad en los sobacos del sujeto, cuyo rostro aparecía colorado como un tomate, sin duda a causa de los apóstrofes que le dirigía la muchacha.

—Pero ¿quién se piensa usted que es? ¿Cree que por el solo hecho de llevar esa maldita placa tiene derecho a insultar a la gente? —Gritó Ruby—. ¿Es que no le han enseñado educación en ninguna parte?

—Ruby, ¿puedo ayudarte? —consultó el joven desde la puerta de su dormitorio.

Ella volvió la cabeza, lo mismo que el individuo.

—Es el jefe de policía —dijo—. Me ha acusado de prostituta y quiere que me vaya de la ciudad inmediatamente.

—Soy Greg Winkler —se presentó el individuo, con voz ronca—. Temo que he cometido un error y deseo presentar mis disculpas a la señorita.

—¿Es ésa su forma habitual de actuar, señor Winkler? —Preguntó Hubner —. ¿Conoce a la señorita? ¿Tiene antecedentes fidedignos que le permitan acusarla de semejante delito?

Winkler enrojeció aún más todavía.

—Ya le he dado mis excusas y no quiero seguir hablando más. Buenas noches —dijo secamente, a la vez que echaba a andar hacia la escalera.

Ruby puso sus manos en los costados.

—¿Qué te parece, Spike?

—Exceso de celo —sonrió Hubner—. Olvídalo, preciosa; es lo mejor que puedes hacer. Sobre todo, si ha retirado su orden.

—Pero... vino aquí como un toro, sin molestarse siquiera en dar las buenas noches... «Nena, lárgate; aquí no nos gustan las...», así empezó el gordo seboso...

—¿No dijo nada más?

—No. Sólo quería que hiciese las maletas inmediatamente. ¿Qué se habrá creído el saco de grasa con placa? No soy lo que se imagina y tengo tanto derecho a estar aquí como él. A fin de cuentas, he nacido en esta población...

Hubner sonrió.

—Trata de dormir, Ruby —aconsejó—. Descansa, es lo mejor que puedes hacer.

Regresó a su habitación y cerró la puerta. Confió en que Olympia no se retrasara demasiado, se dijo, mientras encendía un cigarrillo.

* * *

Sonaron unos suaves golpecitos. Hubner abrió.

La recepcionista se coló en la habitación, portadora de una botella y un cubo lleno de hielo. Hubner cerró de nuevo.

—Me he retrasado un poco, pero la culpa no ha sido mía —se justificó ella.

—Sí, ya me he dado cuenta. Ese Winkler parece demasiado oficioso, ¿no?

Los oscuros ojos de Olympia chispearon de cólera.

—Mete sus narices en todas partes —contestó—. Lleva una placa, pero, en realidad, sólo hace lo que le manda el de Churchcrest.

—¿Van Roote?

—Sí. ¿Quién otro podría ser, si no?

Olympia destapó la botella y puso hielo en dos vasos. Sirvió dos dosis y entregó a Hubner uno de los vasos.

—Salud.

—Lo mismo digo, encanto

Ella despachó su vaso de un solo trago. Luego, sin más, se quitó la bata y quedó solamente con el sostén y las bragas.

—Cuando quieras, encanto —sonrió impúdicamente.

—Espera un momento —pidió él—. Todavía no me has dicho... Bueno, no querría ofenderte, pero... ¿cuál es tu tarifa?

—Lo que puedas, buen mozo. No soy demasiado exigente; harto comprendo que no todos pueden pagar lo mismo. Y si andas mal de dinero... Como dijo aquél, hoy por ti y mañana por mí.

Hubner rió suavemente. Hurgó en su billetera y sacó cinco billetes de veinte dólares. Podía permitirse la generosidad; estaba bien provisto de fondos. Los cinco billetes desaparecieron en el hondo valle que dividía los senos de la mujer.

Luego la agarró por una mano y la condujo a la cama.

—Sentémonos —propuso—. Quiero hablar contigo.

Olympia le miró de soslayo.

—¿Sólo... hablar?

—De momento. Luego...

—Está bien —sonrió ella—. Soy un manantial inagotable de informes. Empieza cuando quieras.

—Me agrada tu perspicacia —dijo Hubner. Y formuló su primera pregunta.

* * *

Pasaban ya de las doce de la noche cuando se marchó la encargada. Hubner encendió un cigarrillo, visiblemente aliviado al quedarse solo. A última hora, había tenido que ceder al acoso de aquella volcánica mujer. Mientras contemplaba las azules volutas de humo, se dijo que un huésped joven y bien parecido, debía de constituir para Olympia un alivio en su monótona existencia.

Lo mismo había sucedido con Bassiter, el contable de Rhine. Ahora ya sabía que Bassiter había pasado allí una noche y que luego habla ido a Churchcrest. Ella no le había vuelto a ver más. Suponía que se habla marchado directamente, después de entrevistarse con Van Roote. Era algo que podía hacer perfectamente, puesto que el empalme del camino que conducía a Churchcrest no se divisaba desde la población.

Bruscamente, algo le arrancó a sus meditaciones.

Era un chillido de mujer.

Algo sucedía en el cuarto de Ruby. Sin pensárselo dos veces, se puso los pantalones y, desnudo de fa cintura para arriba y descalzo, se precipitó fuera del dormitorio.

Ruby volvió a chillar. ¿Qué le sucedía a la muchacha?

Abrió de golpe la puerta de su cuarto. Ruby, de pie encima de la cama, lanzó un agudo chillido.

—¡No, Spike!

El joven se detuvo en la entrada. En el centro de la estancia, erguida parcialmente, una serpiente de brillantes colores se movía a mi lado y otro, oscilando monótonamente, mientras su lengua bífida entraba y salía rápidamente de las fauces entreabiertas.

Hubner dudó un momento. Luego, con gran cuidado, dando un rodeo, se acercó al reptil.

La ventana del cuarto estaba al otro lado. Ruby contemplaba las maniobras del joven con los ojos desorbitados.

—No lo hagas, Spike, no lo hagas...

Hubner siguió andando, inclinándose gradualmente a cada paso que daba. De súbito, con la velocidad del rayo, agarró la serpiente por la base del cuello y la levantó unos palmos del suelo. Con el mismo movimiento, giró hacia su izquierda y la disparó a través de la ventana.

Ruby exhaló un profundo suspiro de alivio y resbaló hasta quedar sentada en la cama.

—Dios mío, qué pánico he pasado —se lamentó.

—¿Cómo entró aquí ese reptil? —preguntó Hubner.

—No entró, lo metieron.

—¿Qué?

—Oí el ruido de la puerta al abrirse desde afuera. Luego pude ver un brazo que sostenía algo... Casi en el acto, sentí un pequeño golpe en el suelo. La puerta se cerró de inmediato y entonces fue cuando di la luz y vi a la serpiente... Lo siento, no pude evitar un chillido.

—Sólo quisieron darte un susto —sonrió él.

—Pues lo han conseguido. Todavía me tiemblan las piernas...

Hubner contempló a la muchacha unos instantes. Ella usaba un pijama muy liviano, con unos pantaloncitos sumamente cortos, que permitían ver las piernas casi por completo.

Ruby se puso colorada.

—Te estás deshojando —acusó.

—No, sólo quería comprobar si era cierto que aún te tiemblan las piernas. Sin motivo, por supuesto.

—¿Sin motivo? A ti te querría haber visto yo, delante de esa repulsiva serpiente...

—Era inofensiva.

Ruby abrió la boca.

—Bromeas, Spike.

—Hablo en serio. Aparte de que he reconocido la especie, ¿crees que, si de veras hubieran pretendido asesinarte, no te hubieran arrojado la serpiente directamente a la cama? Antes de que hubieras podido saber lo que te sucedía, el reptil ya te habría clavado sus colmillos ponzoñosos. Sólo quisieron darte un susto, repito.

—Ha sido un susto de muerte. Si agarro al autor de la bromita...

Hubner lanzó una suave carcajada.

—Procura dormir, hermosa —se despidió.

Regresó a su cuarto y ya no sonreía. ¿Qué objeto tenía asustar a la muchacha?, se preguntó.

El hombre que había lanzado la serpiente al interior del cuarto, lo había hecho sin tomar precauciones, abriendo la puerta ruidosamente, de modo que pudiera despertar a la ocupante de la habitación. El no había oído nada, claro, pero, en todo caso, estaba seguro, se trataba de una acción deliberadamente mal ejecutada.

¿Por qué?

Entró en su dormitorio, en donde la luz estaba todavía encendida. Un oscuro sentimiento de sospecha invadió su ánimo súbitamente.

Miró a todas partes. El cuarto parecía en orden. No, había algo que no estaba bien.

Después de marcharse Olympia y tomar una ducha, había vuelto a la cama, sin cubrirse siquiera con la sábana. Esta había quedado a los pies del lecho, amigada y hecha poco menos que un ovillo.

Ahora, en cambio, aparecía casi ordenada, cubriendo la mayor parte de la cama. Alguien había entrado allí para ordenar la cama... y no precisamente porque él lo hubiese solicitado.

De pronto, se acercó a la cama, agarró una punta de la sábana y la apartó de un golpe.

Instintivamente, dio un salto atrás, que le llevó a cuatro metros de la cama. Sobre la blancura de la sábana inferior, el enorme escorpión alzó su cola, armada con la mortífera uña de brillante color casi negro.

Sudó copiosamente. Todo estaba muy claro ahora, se dijo, mientras empezaba a pensar en la forma mejor de eliminar al maligno artrópodo.

CAPITULO V

—Voy a Churchcrest —anunció Ruby, después del desayuno.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Por qué no? Usaremos mi coche, si no te importa.

—Al contrario, será un placer.

Ella le miró sonriendo.

—¿Has podido dormir bien el resto de la noche?

—Me costó un poco. Yo también me desvelé.

—Toda la noche me he estado preguntando qué objeto tenía la broma que me gastaron. ¿Era que alguien quería divertirse oyéndome chillar como una desesperada?

Hubner se limpió los labios con la servilleta.

—No. A mí también me extrañó el suceso, pero tenía un motivo —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Ruby ávidamente.

—Te lo diré en el coche. ¿Vamos?

Ruby se puso en pie. Ahora vestía una blusa holgada y pantalones de tela muy ligera. Agarró el bolso y se encaminó hacia la salida. Hubner agitó la mano al pasar por delante de la recepción. Olympia le miró de un modo muy singular.

—Esa señora... —dijo Ruby—. Cualquiera diría que hay un secreto entre los dos.

—Me dio muchos y buenos informes anoche —respondió él.

—¿A cambio de...?

—Dinero.

—¿Nada más?

—Abre la portezuela, mujer curiosa, y no hagas preguntas indiscretas.

—Me chiflan los secretos de alcoba —dijo ella, a la vez que se sentaba tras el volante.

—Cuando vuelva a Atlanta, te compraré las «Memorias» de Casanova. Ahí sí que hay secretos de alcoba.

—No sé por qué, pero me parece que tú debes de ser un discípulo muy aventajado. ¿Eh?

—Lo seré, cuando caigas rendida en mis brazos.

Ruby le sacó la lengua.

—Ni lo sueñes —contestó.

—No estás casada, de modo que...

—Pero estoy prometida y amo a mi futuro.

—Felicidades.

El coche rodaba ya hacia el este. De pronto, vieron salir a un hombre. Winkler había abandonado la oficina y contemplaba escrutadoramente la marcha del vehículo.

El pueblo fue quedando atrás. A Hubner le pareció que abandonaba la

atmósfera densa y opresiva que parecía existir continuamente en Eastcrane. Casi se sintió aliviado al hallarse en la carretera.

—Bueno, ¿y cuál fue el motivo de la bromita que me gastaron? —preguntó Ruby a los pocos momentos.

—Sacarme de mi habitación, para dejarme el agradable regalo de algo que sí era venenoso. Puede que no hubiese muerto, pero habría pasado muy malos momentos y me hubiera costado quizá una convalecencia de semanas.

—¿Qué, Spike?

—Un alacrán de doce centímetros de largo.

—¡Jesús!

Ruby volvió la cabeza un poco. Hubner rectificó el volante con su mano izquierda.

—Cuidado —dijo severamente.

—Dispensa. Me... has impresionado muchísimo. Si es que hablas en serio, claro.

—Es cierto, encanto.

—Pero... ¿qué hiciste para librarte del bicho?

—Bueno, había una jarra con agua, la vacié, luego se la puse encima, a modo de campana, con lo que le impedí la huida. Luego, moviendo la sábana y la jarra al mismo tiempo, invertí ésta y el alacrán cayó en el interior. Después lo arrojé por la ventana.

—Estoy sudando —confesó Ruby—. ¿Por qué quisieron matarte?

—Supongo que hay alguien al que mi presencia molesta muchísimo en la población. Probablemente, no hubiese muerto, repito; las picaduras del alacrán raramente son fatales, pero sí me habría enviado al hospital para una buena temporada.

—Y, ¿quién es esa persona a la que tanto molestas?

—Tu querido papaíto, encanto.

Ruby calló durante unos momentos. El camino secundario que conducía a Churchcrest apareció de pronto y ella desvió el rumbo del automóvil.

—Spike —dijo al cabo.

—¿Sí. Ruby?

—Es mi padre, pero no lo considero como tal. Trata de entender lo que significan estas palabras.

—Se comprenden perfectamente —respondió Hubner.

* * *

La casa apareció de pronto, surgiendo de la espesura casi como si un genio mágico la hubiera construido instantáneamente. Era un edificio de dos pisos, abohardillado, con veranda y porche en la fachada principal. Aunque se veía en buenas condiciones, también se advertían claros síntomas de descuido.

Las paredes necesitaban una buena mano de pintura, lo mismo que las puertas y las ventanas. Del jardín no parecía ocuparse nadie y se veía en

estado poco menos que silvestre.

Vapores amarillentos se elevaban de la ciénaga que había al otro lado de la pequeña colina en cuya cumbre se hallaba el edificio. Por la parte posterior, advirtió Hubner, la loma quedaba cortada a pico y el borde se hallaba a unos treinta y cinco o cuarenta metros sobre el nivel del pantano que casi rodeaba a la colina.

Ruby paró el coche y se apeó.

Resuelta, caminó hacia la puerta y tocó el timbre. Hubner caminó tras ella.

La puerta se abrió al fin. Un hombre apareció en el umbral. Ruby dio un salto atrás al verlo.

Era un sujeto de unos cuarenta años, con el rostro de un simio y curvado hacia adelante, con los brazos colgando como si realmente fuese un gorila. Al sonreír, enseñó unos dientes enormes, amarillentos, en los que destacaban dos colmillos monstruosos.

Ruby trató de mostrarse valerosa.

—Ho... hola —dijo—. De... Deseo hablar con el señor Van Roote.

El hombre se tocó la boca. Hubner frunció el ceño.

—Creo que es mudo —manifestó.

El simiesco individuo hizo varios movimientos de cabeza, a la vez que volvía a sonreír. De pronto, se oyó una voz en el interior de la casa:

—Deja, Quintus; yo atenderé a los visitantes.

El mudo se retiró, sin dejar de mover la cabeza. «El pobre, además, debe ser subnormal», pensó Hubner.

Una mujer apareció ante los ojos de los dos jóvenes.

—Soy Daphne Sprague, ama de llaves del señor Van Roote —se presentó —. ¿A quién tengo el honor de anunciar?

Ruby volvió a abrir la boca. «¡Dios mío, vaya galería de monstruos!», pensó, al ver el desagradable aspecto del ama de llaves.

—Ella es Ruby Kell —intervino el joven—. Yo soy Alan Hubner. Ambos deseamos ver al señor Van Roote.

Los negros ojos de Daphne fueron del uno al otro visitante. Luego, sin más, se volvió y movió dificultosamente la mano derecha.

—Síganme, por favor.

Hubner y la muchacha cruzaron el umbral. Daphne les condujo a una habitación, elegantemente decorada, en la que se divisaba un gran piano de cola.

Encima del piano, en marco de plata, se divisaba el retrato de una mujer muy bella, de rostro melancólico. La estancia daba a la parte posterior del edificio, desde el que se contemplaba en toda su extensión el panorama de la ciénaga.

Ruby se acercó a la ventana. Pasaron unos minutos.

La puerta se abrió de repente.

—Buenos días —saludó el dueño de Churchcrest.

* * *

Era un sujeto alto, apuesto, con las sienes blancas, vestido con una chaqueta de terciopelo color rojo oscuro y pañuelo blanco al cuello. En la mano izquierda llevaba una pretenciosa boquilla negra, con el cigarrillo puesto, pero apagado.

—Soy Delmer van Roote —se presentó.

—Me llamo Hubner, Alan Hubner —dijo el joven—. Estoy buscando a un tal Caleb Bassiter, quien vino a esta casa hace un par de semanas, para tratar de unos asuntos económicos con usted. Debería haber vuelto a Atlanta, pero ha desaparecido.

—No me culpe a mí del suceso, señor Hubner —sonrió Van Roote—. En efecto, el señor Bassiter estuvo aquí, charlamos, discutimos los asuntos económicos que le habían impulsado a visitarme, se marchó... y eso es todo lo que sé de él.

—¿Seguro?

Van Roote se encogió de hombros.

—No soy persona que guste de inventar cosas que no han sucedido o en las que no haya tenido parte —contestó.

—¿Piensa, por ejemplo, que pudo ser asesinado?

—En tal caso, no aquí, señor Hubner. Pregunte al jefe Winkler, por favor; es todo cuanto puedo decirle.

El suelo trepidó ligeramente en aquellos instantes. Ruby lanzó un gritito de susto.

—¿Qué sucede? —exclamó.

—Mi querida señorita, sorprendentemente, Churchcrest se halla edificado sobre una zona inseguramente geológica. Lo cual quiere decir que los temblores de tierra, si bien en grado mínimo, no son infrecuentes aquí —contestó Van Roote con aire doctoral.

—Vaya, es la primera noticia que tengo sobre el particular —comentó la muchacha.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Van Roote.

Ruby se irguió.

—Es hora ya de que lo sepa —dijo resueltamente—. Aunque uso el apellido de soltera de mi madre, cosa que ella decidió cuando pensó en divorciarse de usted, soy su hija. Me llamo Ruby Kell. Podría llamarme Van Roote, pero no lo deseo en absoluto.

Una ceja se alzó en la frente del dueño de la casa.

—No sé qué decir —contestó—. Podría echarme a reír... o pedirles a los dos que abandonasen mi casa. Ambos me han contado las historias más estúpidas que he podido imaginar...

—Mi historia no tiene nada de estúpida —protestó el joven—. Y sólo vine a buscar datos sobre el señor Bassiter.

—Cualquier sospecha sobre mi persona, es una estupidez —declaró Van

Roote, tajante—. En cuanto a lo que ha dicho esta señorita, el calificativo más blando que se me ocurre es el de demencial.

Impasible, Ruby abrió su bolso, sacó unos cuantos papeles y los puso encima de una consola.

—Son copias de unos cuantos títulos de propiedades, de tierras y bienes que me pertenecen legalmente y que usted usurpa, contra toda razón y derecho. Estúdielas bien, porque le conviene.

—Considerándome tu padre, ¿no me tratas de tú? —preguntó Van Roote irónicamente.

—Eso podría suceder si le apreciase a usted mínimamente, pero resulta que le detesto, por todo lo que le hizo a mi madre —respondió la chica con gran vehemencia—. Esas propiedades no están incluidas en ningún pacto que usted y mi madre pudieran haber establecido después de casados. Le pertenecían a ella y nunca quiso ceder su propiedad, ni siquiera el usufructo.

—Tu madre, querida hija, fue siempre una mujer dada a las fantasías y completamente alejada de la realidad de este mundo. Quiso vivir siempre como si estuviésemos en el país de las hadas y, desgraciadamente, eso es algo que sólo sucede en los cuentos ¿infantiles.

—Quizá tenga usted razón, pero el hecho indudable es que esos bienes me pertenecen, que usted ha estado disfrutando ilegalmente de ellos durante once años y que reclamaré por vía judicial cuantos perjuicios se me hayan podido ocasionar, por no habérseme abonado las cantidades producidas por esas propiedades, tanto si vendió algunas, como si las tenía en renta.

Ruby hizo una corta pausa. Su pecho juvenil, de firmes curvas, subía y bajaba a causa de la respiración, rápida, alterada por la excitación del momento. Hubner se sintió tentado de aplaudir.

—Claro que —añadió la muchacha—, siempre podemos llegar a un arreglo, antes de enfrentarnos en un tribunal. Pero esto depende exclusivamente de usted, «señor» Van Roote. Estoy en el hotel; llámeme cuando guste.

Ruby giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Van Roote parecía desconcertado por la enérgica actitud de la muchacha, pero también había señales de furia en su rostro.

Hubner le miró, con una sonrisa de circunstancias.

—Yo no tengo nada que ver con eso, se lo juro —exclamó.

Y siguió a la muchacha, que ya abría la puerta.

Daphne Sprague estaba en el centro del vestíbulo. Con aire intrascendente, Hubner sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca.

—Perdón, señora Sprague —dijo—. Olvidé el encendedor... ¿No tendría usted un fósforo?

Ella metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una tira de fósforos.

—Puede quedárselos, señor Hubner.

—Mil gracias, señora Sprague.

Ruby estaba ya en el umbral. Hubner encendió el cigarrillo. Daphne alargó

su mano y se apoderó del fósforo apagado.

—Gracias otra vez —sonrió el joven.

Momentos después, se sentaba al lado de la muchacha. Ruby hizo arrancar el coche y lo guió hasta el camino que llevaba a la carretera. La muchacha estaba callada. Hubner respetó su silencio. Ahora parecía muy alterada. Ya hablaría, se dijo.

CAPITULO VI

Cuando se disponía a salir a la carretera, vieron a un motorista que les hacía señas para que se detuviesen. Ruby frenó y asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Ocurre algo, agente? —preguntó.

El motorista se quitó el casco y rió alegremente.

—No tema usted, hermosa; no soy policía —contestó—. Simplemente, soy un aficionado a las motos.

—Vaya, lo había confundido...

—Sí, claro, el casco, el traje de cuero... Me llamo Solly Prewitt. ¿Vives en el pueblo, encanto?

—Oiga, amigo —exclamó Hubner—, deje en paz a mi nieta o le costará muy caro.

Prewitt puso cara de tonto al oír aquellas palabras.

—¿Ha dicho su nieta? Pero... si parece tan joven...

—Es un químico muy famoso, que ha descubierto la droga de la eterna juventud —contestó Ruby con no menor seriedad que el joven—. Pero no nos habrá parado sólo para preguntarme si vivo en el pueblo.

—Oh, claro que no —dijo Prewitt—. Simplemente, quería saber si éste es el camino que conduce a Churchcrest.

—Siga recto y encontrará la casa a los dos kilómetros.

—Gracias, muñeca. ¿Te deja tu abuelo salir después de cenar?

Prewitt se echó a reír. Era un hombre joven, alegre, extrovertido, de aspecto sumamente agradable.

—¿Me darás permiso, abuelito? —preguntó Ruby.

—Si sales con ese individuo, dentro de nueve meses me darás un bisnieto —contestó Hubner fingidamente irritado.

—Lo siento, no tengo ganas de ser mamá tan pronto —dijo Ruby, a la vez que pisaba el acelerador.

Prewitt volvió a reír. Todavía a caballo de su potente «Harley-Davidson», se volvió para contemplar el coche que ya viraba para entrar en la carretera. Agitó la mano enguantada y luego dio gas para arrancar de nuevo con gran estruendo.

—No entiendo cómo se te ocurrió decir semejante estupidez —habló Ruby pasados algunos minutos—. ¡Mi abuelo! Es lo más tonto que he oído en los días de mi vida.

—Lo mismo me pasa a mí, con respecto a tu parentesco con Van Roote —dijo Hubner tranquilamente.

—No sé a qué te refieres...

—Tú no eres la hija de van Roote —aseguró el joven sin levantar el tono de su voz.

Ruby se mordió los labios. Hubner ocultó una sonrisa. Su acusación era

certera, pensó.

* * *

Solly Prewitt respingó al verse frente a aquel monstruo de fealdad que era Daphne Sprague. Tratando de ocultar su asombro, se esforzó por sonreír.

—Deseo hablar con el señor Van Roote —manifestó—. Soy Prewitt.

Daphne asintió.

—Pase, por favor.

Prewitt miró furtivamente a aquella mujer, tan poco favorecida por la naturaleza. Debía de sentirse terriblemente desgraciada, pensó.

Daphne le condujo a un saloncito, en el que aguardó durante algunos minutos. Luego, el ama de llaves volvió a aparecer.

—El señor Van Roote le aguarda en su despacho, señor Prewitt.

—Gracias, señora.

Prewitt siguió al ama de llaves. Se había sacado los guantes y abierto la cazadora de piel. En el costado izquierdo, casi ya en la espalda, llevaba en una funda de cuero un revólver de calibre 38 y cañón corto.

Van Roote estaba detrás de su mesa de despacho. Al ver a su visitante, sonrió, a la vez que señalaba un sillón.

—Siéntese —invitó.

—Gracias, pero voy a ser muy breve. —Prewitt había perdido ya el aspecto agradable y simpático que le hacía tan atractivo. Ahora había dureza en su rostro, que había sufrido una transformación radical—. Me envía Ernie Henders. Usted conoce los motivos.

Van Roote apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Lamentablemente, Ernie Henders va a tener que esperar algunos días más para cobrar la deuda —dijo sin inmutarse—. Mis asuntos económicos no han marchado muy bien estos días. Simplemente, no puedo pagarle.

—A Ernie no le gustan los retrasos y ya le ha concedido a usted nada menos que tres aplazamientos.

—Lo sé, pero...

—Ernie ha perdido la paciencia. Me encargó que le diese un recadito.

Prewitt sacó el revólver. Con toda tranquilidad, extrajo del bolsillo de su cazadora de cuero un silenciador y empezó a acoplarlo al cañón del arma.

Entonces, bruscamente, sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Chilló agudamente al notar que se precipitaba en el vacío. Aullando desesperadamente, descendió hacia la ciénaga.

El grito de Prewitt se transformó en un horrible «tchopf». Van Roote sonrió satisfecho.

Al caer, el revólver se había desprendido de la mano de Prewitt y yacía ahora sobre el suelo, al borde del negro cuadrado que se había abierto frente a la mesa. Van Roote se levantó, dio la vuelta y con la punta del pie, empujó el arma, hasta alanzarla por el hueco. Luego presionó el botón de cierre y el

despacho volvió a recobrar su apariencia habitual.

* * *

Una vez en el pueblo, Hubner hizo que la chica parase el coche delante de la taberna de Dingus Akron.

—Aquí hablaremos con más tranquilidad —dijo.

Ella, muy pálida, accedió. Sujetándola por un brazo, Hubner se encaminó hacia el local. Un hombre de unos cincuenta y cinco años, delgado y de rostro huesudo, salió a su encuentro.

—¿Si?

—Dos cervezas. Bien frías —pidió el joven.

—Al momento, señor.

Hubner empujó a la muchacha hasta una mesa situada en un rincón. Sacó dos cigarrillos y le pasó uno, después de haberlo encendido.

—Tranquilízate —dijo—. No soy policía, aunque hayas podido pensarlo, pero debes saber que estamos embarcados en el mismo bote. Puedo ayudarte mucho, pero ha de ser con la condición de que actúes con la máxima franqueza.

—Sí, Spike —contestó ella.

Akron vino con dos jarras, en donde se veía la humedad condensada que rezumaba en el vidrio. Hubner bebió un largo trago y chasqueó la lengua complacidamente.

—Está buenísima —dijo, mientras miraba sonriendo a la muchacha.

—A ver — exclamó ella—. ¿Cómo has sabido que no soy Ruby Kell?

—Primero, dime cuál es tu verdadero nombre.

—Prudence Wyndham. Puedes llamarme Pru, Spike.

—Como quieras. ¿Estás aquí por indicación de la verdadera Rudy van Roote?

—Kell —puntualizó la muchacha—. Ella no quiere ni oír hablar del apellido de su padre.

—Mientras no haga un cambio legal, ése es su apellido —afirmó Hubner —. Pero no es un detalle relevante. ¿Dónde está Ruby?

—Escondida. Si su padre sabe dónde se encuentra, la matará, lo mismo que hizo con su madre.

—¿Estás segura de que asesinó a su esposa?

—Rudy así lo afirma. Y tiene motivos para temer ser asesinada.

—¿Ha hablado con su padre en alguna ocasión?

—No, desde que lo dejó, junto con su madre. Sin embargo, la directora del internado habló hace algún tiempo con Van Roote. Este quería saber su paradero, para resolver ciertos asuntos legales, de acuerdo con su hija. La directora le indicó el domicilio de Ruby y Van Roote fue a buscarla. Pero al mismo tiempo, la directora anticipó a Ruby la visita de su padre y la muchacha escapó. Por eso Van Roote no pudo encontrarla.

—Y tú, en cambio, sí sabes dónde está.

Prudence asintió.

—Pero no pienso decírtelo, hasta conocer por completo los motivos que te han traído hasta aquí —declaró firmemente.

—Más o menos, como tú, ando detrás de lo que le pudo pasar a Clarissa, a pesar de que su esposo consiguió la declaración de muerte legal. Pero ya sabes que Ruby puede heredar algún día una bonita suma de dinero y una casa preciosa.

—¿Es cierto eso?

—Absolutamente, Pru.

Los dedos de la muchacha tabalearon sobre la mesa.

—De todos modos..., creo que convendría más dejar a Ruby fuera del caso, por el momento —dijo.

—Yo tengo que encontrarla —le recordó él.

—Hagamos una cosa —propuso la joven—. Vamos a encontrar las pruebas de que su madre fue asesinada. Cuando lo hayamos conseguido, te llevaré a presencia de Ruby.

—Y si no encontramos las pruebas, ¿qué harás?

Prudence suspiró.

—¿Te lo diré, de todas formas —repuso—. Pero ahora, dime, ¿cómo demonios supiste que no era Ruby? Tú no la has visto en los días de tu vida...

Hubner sonrió.

—Ruby no estuvo jamás en el internado de St. Malvin, sino en el de St. Alban.

Prudence se dio una palmada en la frente.

—¡Dios mío, qué tonta he sido! Malvin, Alban... Incluso delante de Ruby, trastocaba los nombres... Ella me lo corrigió tres o cuatro veces, pero, en el momento en que era más necesario, volví a meter la pata.

—Una pata muy bonita —sonrió Hubner.

—Deja en paz mis extremidades inferiores, tipo lascivo —le apostrofó la muchacha—. ¿Hay algún otro detalle sobre el tema?

—Sí, uno, a mi entender, de bastante importancia. Ruby permaneció en Churchcrest hasta los diez u once años, aproximadamente. Cuando entramos en el saloncito, tú no te asombraste al ver el piano...

—Y, ¿qué tiene eso de particular? Es un piano como todos los pianos. De cola, claro.

—La auténtica Ruby se habría acercado al piano para acariciarlo, recordando los felices tiempos en que su madre interpretaba hermosas melodías para ella. Ruby, en fin, se habría emocionado muchísimo al ver el retrato de su madre encima del piano. Tú no hiciste nada de eso; entraste en el salón, como si fuese la estación de autobuses, sin sentir la menor emoción.

Prudence entornó los ojos.

—Eres todo un sentimental —dijo sonriendo.

—Gracias. Dime, lo de las reclamaciones de Ruby sobre ciertos bienes, ¿es

cierto?

—Sí. Yo soy su abogado.

—¡Tan joven! —se pasmó Hubner.

—¿Desde cuándo la juventud está reñida con un título de Leyes? Tengo ya casi veintitrés años, Spike.

Hubner sonrió maliciosamente.

—Espero que ese tirulo no esté reñido con la prudencia —dijo con toda intención.

—No hagas jueguecitos de palabras con mi nombre —contestó ella picada —. Anda, paga y vámonos.

Hubner levantó la mano. Akron llegó sin prisas.

—Son dos dólares —anunció.

El joven se escandalizó.

—No quisiera ofenderle, Dingus, pero ¿dónde tiene la pistola?

Akron se encogió de hombros.

—Tiene razón al quejarse, pero ¿qué puedo hacer? Si no cobro esos precios, no puedo pagar la renta al señor Van Roote. Entonces, me echaría de aquí y... a mis años, ¿adónde podría ir?

Hubner asintió, hondamente impresionado. Prudence abrió su bolso, sacó unos papeles y los consultó durante unos segundos.

—Señor Akron, quizá dentro de poco pueda darle buenas noticias —exclamó—. El señor Van Roote le está cobrando una renta ilegalmente. Cuando vea la auténtica propietaria, le haré saber todo lo que sucede. Ella, seguramente, bajará mucho esa renta, puedo asegurárselo de antemano.

Akron se sentía estupefacto.

—No hablará en serio, señorita —dijo.

—No bromeo —contestó Prudence firmemente.

Hubner dejó un billete sobre la mesa.

—Guárdese el cambio, Dingus —indicó.

—Gracias, señor.

Los dos jóvenes salieron a la calle.

—¿Es cierto lo que has dicho de Ruby y la renta de la taberna? —preguntó Hubner.

—Puedes tenerlo como seguro. Ruby está muy bien enterada de lo que ocurre en Eastcrane y quiere poner remedio al actual estado de cosas.

—No sé cómo lo va a conseguir...

—Aparte de que hay unos documentos que prueban incontestablemente sus derechos a ciertas propiedades, ahora ilegalmente usufructuadas por su padre, ella trata de conseguir pruebas que demuestren que su madre fue asesinada. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Para conseguir lo que te propones, tienes que hallar, en primer lugar y por encima de todas las demás, la prueba más fehaciente del asesinato.

—¿Cuál, Spike?

—El cuerpo de la víctima. O lo que haya podido quedar de ese cuerpo,

después de once años de cometido el crimen.

—Spike, cuando me salvaste de la ciénaga, yo volvía del panteón que hay en el cementerio.

—Sí, es cierto.

—¿No te imaginas lo que podríamos encontrar, si llegásemos a entrar en ese panteón?

Hubner se tiró del labio interior.

—¿Crees que... Clarissa está enterrada allí?

—Ruby tiene la completa certeza de que su madre fue sepultada en el panteón —contestó la muchacha—. ¿Cuándo vamos. Spike? —preguntó ansiosamente.

—Esta noche, no —contestó él.

—¿Por qué?

Hubner tendió la vista a lo lejos.

—Esta noche quiero hacer una incursión en Churchcrest —respondió enigmáticamente.

CAPITULO VII

La casa estaba en completa oscuridad. Hubner contempló el edificio desde cierta prudente distancia, situado entre las sombras. Se preguntó a sí mismo cuál sería el mejor camino para acceder al interior de la casa, sin que lo supieran sus moradores.

Al cabo de unos minutos, se decidió. Olympia conocía el edificio por dentro. Tiempo atrás, había desempeñado el mismo papel que ahora pertenecía a Daphne Sprague. Van Roote se había cansado de ella, enviándola a regentar el hotel.

Hubner había podido darse cuenta de que, pese a su apariencia, Olympia era una mujer abúlica, con poco o ningún interés por las cosas de la vida. El despido la había dejado indiferente, sobre todo si se tenía en cuenta que había conseguido un nuevo empleo.

Hubner había podido deducir por dichos informes cuál era la habitación a la que deseaba llegar. Acercándose a la casa, tanteó un viejo canalón adosado al muro oriental, cerca de la esquina. Al cabo de unos segundos, se decidió a trepar.

Momentos después, llegaba a una ventana del primer piso, cuyo bastidor tanteó con la mano derecha. Estaba cerrado, pero pudo abrirlo con la ayuda de una navajita. Saltar al interior de la casa no resultó ya difícil.

Una vez dentro, se detuvo a escuchar. Todo parecía en orden. Encendió una diminuta linterna. Estaba en un dormitorio de huéspedes, evidentemente no usado desde hacía mucho tiempo.

Cruzó la estancia y asomó al corredor. El silencio era absoluto. Pisando de puntillas, cruzó el corredor y llegó ante una puerta, que abrió muy despacio.

El dormitorio estaba también vado. Pero vio algo que le hizo saber había conseguido su objetivo.

Entró con todo cuidado, cerró a sus espaldas, avanzó hacia la ventana y corrió las cortinas. Luego encendió la luz.

Sonrió satisfecho al ver los objetos que yacían sobre la cama. Pasados unos segundos, se puso a trabajar.

Al cabo de un rato, se sentó en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera. Encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Una hora más tarde, se abrió la pueda y una mujer entró en el dormitorio. Era de mediana estatura, pelo rubio, desordenado en aquellos momentos, y contornos opulentos, apenas perceptibles debido a la bata que cubría su cuerpo. La mujer dio dos pasos y, de repente, se detuvo como si hubiesen atornillado sus pies al suelo.

Sus ojos estaban fuera de las órbitas, fijos en la extraña figura que parecía reposar en el sillón. De pronto, sonó una tosecilla.

—Ejem... ejem...

Ella volvió la cabeza. Su rostro se puso lívido.

—¡Spike!
Hubner sonrió.
—Hola, Della Simms —dijo tranquilamente—. Aunque, si lo prefieres, te llamaré por el nombre que usas actualmente, Daphne Sprague.
Los labios de la mujer temblaban perceptiblemente.
—¿A qué has venido aquí? —preguntó.
Hubner abandonó la cama y se dirigió al sillón, en donde estaban la máscara, la peluca y las ropas oscuras que ella utilizaba habitualmente para desempeñar el papel de una mujer horriblemente fea. Con la ayuda de una almohada y un par de mantas, Hunter había conseguido una imitación bastante aceptable.
—¿De quién salió la idea? —quiso saber.
Ella enderezó el cuerpo.
—Si él hace algo malo, yo no tengo nada que ver —contestó—. Me paga, y bien por cierto.
—De modo que, cuando viene una visita, te conviertes en un monstruo de fealdad.
—El paga, él manda.
—Y tú obedeces. ¿También ha «cortado» la lengua de Quintus?
—Sí.
—Pero ¿por qué?
—No lo sé a ciencia cierta. Dice que así la casa parece una mansión siniestra. Una cosa es segura; impresiona muchísimo a los visitantes.
Hubner avanzó hacia la joven y, súbitamente, separó su bata con ambas manos. El desnudo cuerpo del ama de llaves quedó a la vista. Debajo de la bata sólo llevaba unas medias negras, sujetas por unas anchas ligas de color escarlata, adornadas con encajes, y zapatos de alto tacón, también negros, con un lacito del mismo color que las ligas.
El joven sonrió.
—Van Roote debe de ser un sibarita —comentó—. ¿Entra esto en tu salario?
Ella se encogió de hombros.
—Me conoces hace años —respondió—. Por mucho que te desagrade, esto es mejor que esperar clientes en una esquina o debajo de un farol.
—¿Te encontró en Atlanta?
—Sí.
—¿Cuándo?
—Hará cosa de un año, aproximadamente.
—¿Vas todas las noches a su dormitorio?
Ella rió burlonamente.
—No seas optimista. Ahora «descansaré» una semana, por lo menos.
—Flojo, ¿eh?
El ama de llaves hizo una mueca.
—Pura fachada —contestó.

—Della... Bueno, si lo prefieres, te llamaré Daphne.
—Sí, me gusta más. Puede que me cambie el nombre cuando me vaya de aquí.
—Si no andas con cuidado, es probable que te quedes aquí para siempre.
El rostro de la joven se oscureció.
—¡Spike! ¿Qué es lo que tratas de dar a entender?
—Necesito tu ayuda. Pero tienes que ser discreta y, sobre todo, comportarte con absoluta naturalidad. Sospecho que Van Roote es un asesino.
—Cielos, no...
—¿Recuerdas a Bassiter? Tuviste que recibirlo.
—Sí, es cierto. Pero se marchó.
—¿Le viste abandonar la casa?
—No. El dijo que Bassiter había quedado en su despacho, estudiando unos documentos. Luego me envió a la cama. Al día siguiente, me dijo que Bassiter se había marchado. Debió de dormir aquí, porque tuve que hacer la cama en el dormitorio que usó aquella noche.
—Al otro lado hay una ciénaga. El cuerpo de una persona puede desaparecer allí y no ser encontrado jamás.
—¡Demonios, Spike, empiezo a sentir miedo!
—Tienes que aguantártelo. Habrá una buena recompensa, si consigo probar que Van Roote cometió un asesinato, por lo menos. Sin hablar de la muerte de Bassiter.
—¿Crees que éste también...?
—Seguro, preciosa.
Desmadejada, el ama de llaves se dejó caer sobre la cama y puso las manos sobre las rodillas.
—Está bien —dijo—. ¿Qué quieres que haga?
—Vigílale. Con absoluta discreción. Yo volveré a verte, digamos dentro de dos días.
De pronto, se oyó un extraño ruido fuera de la casa.
Hubner reaccionó rápidamente.
—¡Silencio! ¡Y apaga la luz!
Daphne obedeció en el acto. Hubner corrió hacia la ventana.
Van Roote estaba en el exterior, sujetando algo con una mano, mientras que se frotaba la rodilla derecha con la otra. Atónito, Hubner reconoció la «Harley-Davidson» de Prewitt.
Al cabo de unos segundos, Van Roote empujó la motocicleta, sin montar en ella, y se acercó al borde del acantilado. Hubner se arriesgó a levantar el bastidor de la ventana, para sacar medio cuerpo y disponer así de un mayor campo visual.
La motocicleta saltó por el acantilado. Hubner oyó unas cuantos choques y luego el sonido inconfundible de la máquina al estrellarse contra la ciénaga.
Entonces, se retiró, bajó el bastidor y corrió las cortinas.
—Van Roote ha cometido otro asesinato —dijo.

* * *

—Es el asesino, pero habrá que probarlo contundentemente.

Prudence estaba removiendo el azúcar de su taza de café y suspendió la operación, para mirar a Hubner.

—¿Lo averiguaste anoche? —inquirió.

Hubner hizo un leve gesto.

—Sí. No sólo estoy*'seguro de que asesinó a Bassiter, sino que estoy por jurar que Prewitt ha corrido la misma suerte.

—Oh, no... —Prudence sintió un escalofrío—. Un chico tan simpático, tan atractivo... ¿Cómo lo sabes?

—Vi a Van Roote cuando arrojaba la motocicleta al pantano. Eso prueba que asesinó a Prewitt.

—Spike, ¿era de día?

—No, claro...

—¿Había la suficiente claridad para identificar la motocicleta sin lugar a dudas?

—Pru, no me vengas con legalismos —dijo él, amoscado—. Todo eso estará muy bien ante un tribunal, pero aquí no nos hallamos ante un juicio formal. Tú y yo sabemos que, si Van Roote lanzó la motocicleta a la ciénaga, es que su dueño ha muerto.

—«Lo sabemos»... Di mejor «lo imaginamos» —corrigió la chica.

—Estás insoportable —refunfuñó Hubner—. ¿También hemos de imaginarnos el asesinato de Clarissa?

Prudence vacilo.

—Ruby está segura de que murió y no agradablemente —contestó tras una leve pausa.

—Y su cuerpo, claro, está en el panteón.

—Así es.

—¿Cómo lo sabe ella?

—Aunque te sorprenda, estuvo aquí hace tres meses.

—Oh, no...

—Vino con otro aspecto y un nombre falso, Mary Jones. Estuvo indagando y consiguió averiguar algo muy interesante.

—Bien, vamos a ver de qué se trata —solicitó el joven.

—No hay modo de saber la forma en que murió Clarissa. Pero. Ruby, estuvo hablando con un tal Virgil Zacharias, un viejo trampero que vive en las afueras del pueblo y no lejos del cementerio. Es muy dado a la bebida y por dicha razón no conviene fiar demasiado de sus declaraciones.

—Edgar Allan Poe murió de un ataque de delirium tremens y veía subir las cucarachas por las ropas de su cama.

—No compares, por favor. Son dos casos distintos.

—El alcohol tiene aspectos muy diferentes, pero, en el fondo, la fórmula es

siempre la misma. Todo depende de las dosis.

—Bueno, hablemos con Zacharias y saldremos de dudas, hombre escéptico. Ruby me dijo que no creía que ese viejo borrachín hubiese fantaseado.

—Conforme, pero ¿qué fue lo que vio el ilustre amigo de Baco?

—No vio, oyó. Ruidos, en el panteón. Y duraron muchas noches.

—¿Ruidos? ¿Qué clase de ruidos?

Prudence se puso seria.

—Los que podría producir una persona sepultada viva, que golpease las paredes de su tumba, para pedir socorro —contestó.

* * *

La cabaña de Zacharias estaba desierta cuando llegaron, media hora más tarde.

—Habrá salido a poner sus trampas. O estará pescando por ahí —supuso la muchacha.

Hubner asintió. Desde el lugar en que se hallaban, podían divisar el cementerio, cuyo borde oriental no distaba más allá de ciento cincuenta metros.

El panteón dominaba la levísima colina de tiara firme del cementerio, casi totalmente rodeado por la ciénaga. Tenía forma de templo griego, con frontón sostenido por dos columnas de estilo dórico y una cruz en el remate. En el lado este crecía un árbol de grueso tronco y ramas relativamente bajas, muy frondosas y también de notable grosor.

—Debe de ser la sepultura familiar de los Kell —dijo él.

—Sí. Lo hizo construir el abuelo de Clarissa, hace más de cien años —confirmó la muchacha.

—Bueno, y mientras llega el buen Zacharias, ¿por qué no nos acercamos al panteón?

—Habrá que tener cuidado con la ciénaga, Spike.

—Tú seguiste un camino equivocado. Ahí veo un sendero que nos permitirá andar sin peligro.

Inmediatamente, rompió la marcha. Ella le seguía con bastante aprensión, porque recordaba los momentos tan amargos que había pasado cuando se hundía en el pantano. Al cabo de unos minutos se sintió más tranquila, paradójicamente al hallarse junto a la primera tumba excavada, por pura lógica, en terreno firmemente asentado.

Hubner llegó junto al panteón y lo examinó críticamente. Un detalle le desconcertó de forma extraordinaria.

—No hay puerta enrejada de acceso —exclamó.

—¿Pin qué tendría que haber uno puerta de esas características?

—Es lo corriente en los panteones. O también, una puerta maciza, de roble o forrada de metal bronceado. Pero aquí no veo más que un tabique, que cubre

por completo el hueco de la puerta. Tú lo ves también, ¿no es cierto?

—¿Tiene ese detalle alguna importancia?

—Lo tiene, si es cierto que, como dice Zacharias, oyó golpes que procedían del interior del panteón. La persona enterrada viva ahí adentro, trataría de pedir ayuda por todos los medios.

—Murió ahí, de hambre y sed... —se estremeció la muchacha.

Hubner abandonó aquel lugar y dio la vuelta a la esquina, situándose junto al árbol. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Pru, ven!

Ella corrió en el acto. Hubner señaló una gruesa rama, partida a pocos centímetros de la pared del mausoleo.

—¿Qué significa eso, Spike? —preguntó la muchacha.

Hubner tiró de la rama con fuerza, soltándola luego bruscamente. Prudence oyó un golpe sordo, cuando el extremo de la rama chocó contra la pared del panteón.

—Spike, ¿quieres decir...?

Hubner sonrió.

—Se lo preguntaremos a Zacharias —dijo—, pero apostaría algo bueno a que aquella noche hada mucho viento.

—Y la rama golpeaba el muro. ¡Pero fueron varias noches!

—Probablemente, fue una época de mal tiempo. Como puedes apreciar, aún sé notan en la pared las señales de los golpes de la rama.

—Bien —aceptó ella—, demos por sentado que no la enterrasen viva. Pero sus restos están ahí adentro.

—¿Y, cómo entrar en el panteón?

—Hay algo que se llama orden judicial.

—Consíguela, si puedes.

—¿Cómo dices?

—Winkler es también juez. No te firmará ese documento.

—¡Eso no puede ser! Winkler no puede simultanear los dos cargos. Es ilegal.

—Entonces, ve a la capital del condado. ¿Aceptarán tu petición sin pruebas muy concretas?

Ella se mordió los labios, dándose cuenta de que los argumentos de Hubner parecían irrebatibles. De pronto, vio una figura que llegaba al cementerio por el lado opuesto y lanzó una exclamación:

—¡Ahí viene el trampero!

CAPITULO VIII

Era ya viejo y tenía bolsas debajo de los ojos, en los que se advertían numerosas venillas rojas, lo mismo que en la nariz, síntomas indiscutibles de su afición a la botella. Las ropas eran poco menos que harapos y la cesta, en la que llevaba unos cuantos peces recién pescados, parecía ir a deshacerse en cualquier momento.

—Señor Zacharias —dijo la muchacha.

El viejo la miró con reticencia.

—Sí —contestó secamente.

—Le presento al señor Hubner. Yo soy Prudence Wyndham. Usted estuvo hablando con Mary Jones hace algunas semanas.

—Es cierto.

—Entonces le dijo que hace años, oyó golpes en el panteón...

—No recuerdo haber dicho nada semejante —contestó Zacharias.

Prudence se indignó.

—¿Trata de decir que mi amiga es una mentirosa?

—Si le dijo eso, sí —gruñó el sujeto.

—Pero..., pero... —Prudence se ahogaba de rabia—. Ella me dijo que...

Hubner extendió una mano.

—Déjame, Pru, por favor.

—¡Este hombre ha bebido! —Vociferó la chica, fuera de sí—. ¡Tan temprano y ya está completamente borracho!

—No lo creas —sonrió el joven—. No digo que no se emborrache luego, pero ahora necesitaba estar sereno para conseguir su comida. ¿Mc equivoco, Virgil?

Zacharias le miró con ojos retadores.

—Hermano, si me gusta el licor, es cosa mía —respondió.

—Por supuesto. Pero, dígame, un hombre de tan escasos ingresos como usted, ¿qué ha hecho para conseguir nada menos que cuatro cajas de whisky del mejor? ¿De dónde ha sacado ese dinero, Virgil?

Prudence abrió la boca, estupefacta. Hubner movió la cabeza afirmativamente.

—Encanto, el oficio confiere experiencia. Cuando estuvimos en la cabaña del señor Zacharias, se me ocurrió mirar debajo de la cama. Las cuatro cajas de whisky están allí, todavía sin empezar, recién compradas o poco menos. No he querido seguir registrando, pero si lo hiciera, apostaría que en algún sitio, seguramente, bajo el suelo de tablas encontraríamos un buen fajo de billetes.

Ella se sentía atónita.

—¿Quieres decir... que lo ha sobornado?

Hubner fijó la vista en el viejo trampero. Zacharias temblaba como un azogado.

—¡Eso no les importa! —chilló repentinamente—. Mis asuntos no interesan a nadie más que a mí...

De súbito, echó a correr, moviendo las piernas con una agilidad impropia de sus años. Hubner no hizo el menor ademán para retenerlo.

—Tiene un pánico espantoso —adivinó.

—De modo que Van Roote le pagó para que callase.

—Seguramente, ha hablado más de la cuenta, durante alguna de sus borracheras. Pero, en cierto modo, es un tipo popular y Van Roote no se atreve a matarlo. Ha preferido hacerlo de otro modo.

—¿Cómo, Spike?

Hubner suspiró.

—¿Cómo matarías tú a un tragón?

—Hombre, dándole de comer hasta que reventase —contestó Prudence desabridamente. De pronto, comprendió—:

Van Roote quiere que Zacharias acabe algún día, atiborrado de licor...

—Tiene ya muchos años y su corazón estará hecho polvo. Puede tropezar, caer, darse un golpe... incluso caerse en la ciénaga. También puede suceder que se le incendie la cabaña... La vida de Zacharias no vale ahora cinco centavos.

Olla se estremeció.

—Tendríamos que hacer algo, advertirle del peligro —dijo vivamente.

—Ahora sería inútil —contestó 61—. Está demasiado asustado. Yo vendré en otro momento y procurare ser persuasivo. —Hubner agarró a la muchacha por un brazo—. Aparte de que poco más nos diría que lo que ya le dijo a Ruby. Si oyó unos golpes, fue hace once años y eso es mucho tiempo.

—¡Pero ella, Clarissa, está ahí! —Exclamó Prudence con singular vehemencia—. Bastaría derribar el muro que cubre la puerta y conoceríamos la verdad.

—¿Te has fijado en ese muro? Es de mampostería y se necesitarían herramientas muy potentes y muchas horas de trabajo para abrirse paso hasta el interior. De todos modos, ya lo haremos. Antes quiero comprobar algunas cosas, mediante una segunda incursión a Churchcrest.

Empujó a la muchacha suavemente y abandonaron el cementerio.

—¿No te lo he dicho antes? —sonrió—. Tengo un espía en la casa.

—¿Quién? No será el ama de llaves, ¿verdad? —dijo ella maliciosamente —. Pobre mujer, la compadezco, pero no puedo sentir un escalofrío cada vez que recuerdo su aspecto.

—Esa pobre mujer es una antigua conocida mía y su aspecto habitual es muy distinto del que tú conoces. Es más, tiene un aspecto sumamente atractivo, en según qué condiciones.

Momentos después, Prudence estaba enterada de la realidad sobre el ama de llaves.

—Me siento atónita —dijo—. ¿Cómo lo supiste? Porque, en mi opinión, el disfraz es perfecto.

—Olvidó los guantes en esta ocasión, los que le hacen las manos arrugadas. A mí me pareció observa» algo sospechoso; por eso le pedí fuego cuando íbamos a salir de Churchcrest. En efecto; le falta media falange superior del meñique derecho. La perdió... Bueno, teniendo en cuenta la clase de oficio a que se dedicaba, tuvo suerte con no perder la vida con aquel borracho aficionado a jugar con su navaja.

—Y ella, ¿qué dijo?

—Pienso que es inocente de lo que haya podido hacer Van Roote. Le paga bien, como a Quintus. Pero no entiendo por qué tienen que desempeñar los papeles de monstruos ante los visitantes. La excusa de las rarezas de Van Roote no es para mí motivo suficiente.

—¿Habrá otro, Spike?

—En todo caso, ya lo averiguaremos. Ahora, tú, como una buena chica, vas a volver al hotel y me esperarás allí hasta mi regreso —dispuso el joven.

—¿Adónde vas? —inquirió Prudence.

Hubner tendió la vista a lo lejos.

—Quiero tener una conversación con el sagaz y valeroso defensor de la ley y el orden —contestó, con la mirada fija en la oficina del jefe de policía.

* * *

Hubner entró en la oficina y se sentó en un ángulo de la mesa, a la vez que tendía un grueso habano hacia el sujeto de rostro redondo y sudoroso que había al otro lado. Winkler le miró recelosamente.

—Nadie hace obsequios sin querer algo a cambio —dijo.

—Pero un habano no se puede considerar soborno» jefe —sonrió el joven.

—No soy de los que se dejan sobornar, señor Hubner. El sueldo es modesto, pero tengo más que suficiente para cubrir mis necesidades. Y me gusta hacer cumplir la ley, aunque, todo el mundo, pueda cometer errores.

—Una actitud muy encomiable —elogió Hubner—. Verá, jefe, yo estoy aquí para conocer datos de dos personas desaparecidas. A una de ellas se la echa en falta desde hace once años; la otra, menos de tres semanas.

—¿Las conozco yo?

—Quizá, a la primera. En cuanto a la segunda, se llamaba Caleb Bassiter y estuvo una noche en el hotel. Luego fue a Churchcrest y ya no se ha vuelto a saber más de él.

—Pudo abandonar el pueblo directamente, después de visitar al señor Van Roote. Es algo muy fácil; nadie le vería desde aquí. El empalme del camino queda demasiado lejos y, además, hay algunas curvas. ¿Acaso piensa que fue asesinado?

Hubner emitió una leve sonrisa.

—No puedo probarlo, pero aseguraría que eso es lo que sucedió —dijo.

—Sin pruebas, ¿cómo detener al asesino?

—¿Lo detendría si las tuviese?

—Sí, sin duda alguna.

—¿Aunque se tratase de Delmer van Roote?

De pronto, Winkler se levantó, caminó hacia la ventana y apoyó la sudorosa frente en el cristal.

—Van Roote me puso aquí —dijo sordamente—. No hay otro policía en el pueblo y, a decir verdad, maldita la falta que hago. Pero él paga mi sueldo, ¿comprende? .

—¿A cambio de qué? ¿Qué favores le hace usted? ¿Cierra la vista ante los asesinatos que haya podido cometer?

Winkler se revolvió súbitamente.

—No, no lo admitiría —dijo—. Nunca seria cómplice de un asesino. Pero, a veces, vienen aquí gentes extrañas... Con cierta frecuencia, ¿sabe?

—¿Y bien?

—Son tipos callados, muy serios. Van a Churchcrest, están un día o dos y luego se marchan.

—¿Se marchan o se quedan en la ciénaga?

—Salvo Bassiter, todos los demás se han marchado; de eso estoy completamente seguro.

—Y no sabe a qué vienen esos individuos.

—No, ni lo he preguntado siquiera. Supongo que tendrán asuntos de negocios que tratar a veces. ¿Por qué no se lo pregunta usted al propio Van Roote?

Hubner hizo un gesto afirmativo.

—Puede que se lo pregunte, en efecto —respondió—. Y, cambiando de tema, ¿qué me dice usted de la señora Van Roote? ¿La asesinó su esposo?

Los labios del individuo temblaron.

—¿Cómo demostrarlo? —dijo con voz insegura.

—De modo que usted sospecha que él la asesinó.

Winkler volvió la cabeza, ti joven comprendió que se hallaba ame un individuo en el que la abulia era el factor más dominante en su carácter. «No aprueba el asesinato, pero se ha cometido ya y no puede probarlo... de modo que, ¡siga rodando la bola!», pensó.

—Quizá haya un modo de probar ese crimen —dijo al cabo.

—Indíquemelo y lo haré sin vacilar —contestó el policía resueltamente.

—Todavía es un poco pronto. Ya le diré cuándo es el momento oportuno.

Hubner se dispuso a abandonar la oficina. Desde la puerta, miró al atribulado policía.

—¿Sabrá ser discreto o le contará a Van Roote esta conversación? —preguntó.

—Seré discreto —afirmó Winkler.

CAPITULO IX

Prudence no pudo contener un gesto de despecho al ver a Hubner acodado en el mostrador de recepción, charlando alegremente con la encargada del hotel. Con la barbilla levantada, se encaminó a su habitación y cerró de un portazo que llegó hasta el vestíbulo.

—¿Qué le pasa a esa chica? —preguntó Olympia.

—No lo sé. No creo que tenga mucha importancia.

Estaban solos. Hubner puso cien dólares en el cálido escote de la mujer. Ella, sorprendida, bajó la vista.

—Me los das por nada —exclamó.

—Tus informes resultarán valiosos —contestó él.

—Bueno, de todos modos, el precio resulta excesivo. Deja que vaya luego a compensar...

—Esta noche, no, encanto. Mañana o en otro momento. Ya te avisaré.

Olympia suspiró. Debajo de su blusa estalló una costura. Se echó a reír.

—Llevo el sostén dos números más pequeño —explicó, de buen humor.

—Sí, ya lo he «oído», aunque no he podido verle —contestó él con no menor jovialidad—. Olympia, ¿vendrá alguien al hotel esta noche?

—¿Para qué? A menos que se trate de un viajero despistado... Pero eso es algo que no suele suceder, Spike.

—En tal caso, yo lo oiría. Tocaría el timbre, ¿no?

—Bueno, a las diez cierro la puerta. Tendría que llamar...

—Eso es todo, encanto. Buenas noches.

Hubner subió a su habitación. Hacía ya bastante rato que había cenado. Encendió un cigarrillo y lo fumó mientras realizaba unas operaciones.

Al terminar, salió al corredor y alcanzó la escalera. Estuvo allí unos minutos y luego se dispuso a regresar a su dormitorio.

Prudence le salió inesperadamente al paso.

—Quiero hablar contigo —manifestó.

Hubner extendió una mano.

—Estoy a tu disposición —contestó—. ¿En mi cuarto o en el tuyo?

—Lo mismo da.

Hubner abrió la puerta de su dormitorio. Prudence entró y se volvió con vivos gestos hacia él.

—Spike, ¿qué hacías tanto rato abajo con esa furcia? —exclamó irritada.

Hubner calló durante unos segundos. Sonreía enigmáticamente.

—¿De veras fe interesa saberlo?

—Si —contestó ella, con los labios muy prietos.

—¿Te molesta que hable con Olympia?

—Tiene un aspecto... repulsivo.

El joven meneó la cabeza.

—Pru, dime una cosa, por favor. ¿Has actuado ya públicamente como

abogado?

—Apenas. Acabo de terminar la carrera...

—En tal caso, si no moderas tus ímpetus, te auguro un futuro más bien catastrófico. Como abogado, tendrás que tratar con toda clase de gentes, desde los miembros más distinguidos de la «jet-society» a los desechos del arroyo. Pero todos, buenos y malos, ricos y pobres, gentes honradas y asesinos, ladrones y prostitutas, tienen una característica común.

Ella estaba muy pálida, porque comprendía el sentido de los reproches del joven.

—¿Cuál, Spike?

—Son seres humanos. Estamos tratando con personas, no lo olvides. Y tan persona es Ruby Kell como su padre y Olympia y tú también sois seres humanos, lo mismo que Daphne y Zacharias. Ten esto siempre presente y llegarás a ser una lumbrera del foro, como suele decirse tópicamente. De lo contrario, fracasarás.

Prudence bajó la cabeza.

—Admito el sermón —contestó—. Pero me puse furiosa...

—Van Roote hace algo raro en su casa y yo quiero averiguarlo. He conseguido que Winkler se ponga de mi lado. Olympia estuvo sirviendo en Churchcrest muchos meses. Me ha dado informes valiosísimos, en especial, los que se refieren a la habitación secreta, constantemente cerrada con llave, la cual está siempre en poder de su dueño. Van Roote no la abandona nunca y, por lo que he podido deducir, esa puerta está reforzada. Y las ventanas tienen barrotes muy sólidos.

—¡Cielos! ¿Qué puede haber allí? —se asombró la chica.

—No lo sé. Nadie tiene la menor idea, pero sí me figuro que es algo de suma importancia. Para Van Roote, claro.

—¿Vas a volver allí esta noche?

—Pensaba hacerlo, pero prefiero retrasar mi visita veinticuatro horas.

—¿Por qué?

—Presiento que voy a ser yo el visitado, en lugar de ser el visitante. Y quiero esperar... a quien sea.

Prudence sintió un escalofrío.

—¿Otro escorpión?

Hubner enseñó las palmas de sus manos.

—¿Quién sabe? —sonrió.

Ella se enderezó.

—Spike...

—¿Sí, preciosa?

—Quiero quedarme a tu lado.

—Tengo muy mala fama.

—No lo creo...

—Te aseguro que es cierto.

Prudence sonrió simpáticamente.

—No creo que esta noche sea la más adecuada para convertirme en tu víctima —respondió.

—¿Y otra noche?

—Te recitaré los artículos del Código que se refieren a los actos carnales realizados con una mujer contra su voluntad.

—Es que yo no quiero hacerlos sin tu aprobación.

—Te costaría muchísimo.

—¿Eres muy fuerte? ¿Acaso practicas el «karate»?

—Yo me refería a otro precio, Spike.

—Bueno, dilo de una vez, encanto.

—Un certificado de matrimonio.

Muy serio, Hubner movió la cabeza negativamente.

—Lo siento. Es un precio demasiado alto y no estoy dispuesto a pagarlo.

—Sí, sobre todo, cuando encuentras toda otra clase de facilidades —replicó ella mordazmente.

—Pero, Pru, no comprendo... ¿Estarías dispuesta a... a aceptar ese certificado de matrimonio como precio de... de tus encantos?

Los ojos de la chica brillaron.

—¿Es que no lo comprendes, pedazo de tonto?

Hubner miró al techo.

—¡Qué descoco! —se horrorizó—. Hace cuatro días que nos conocemos y ya quiere casarse conmigo. Pero ¿cómo ha podido darte tan fuerte?

—Estas cosas suceden así, no le des más vueltas, Spike —respondió Prudence, muy seria—. Pero, puesto que la idea, visiblemente, no es de tu agrado, será mejor que abandonemos el tema.

—Sí, será mejor.

—Y, por eso mismo, hablaremos de otra cosa. Dime, ¿a quién esperas esta noche?

—No lo sé. Te lo diré cuando llegue.

Prudence cruzó los brazos sobre el pecho y juntó las rodillas, sentada en la silla que había ocupado a su llegada.

—Esperaré —decidió firmemente.

Hubner sacó cigarrillos.

—Esperaremos —sonrió.

* * *

El tiempo transcurrió con gran lentitud. La conversación languideció hasta cesar del todo.

Al cabo de un buen rato, Prudence dobló la cabeza sobre su pecho. Hubner sonrió y esperó todavía algunos minutos. Luego, muy suavemente, cogió en brazos a la muchacha y la tendió sobre la cama. Ella murmuró algo ininteligible, volvió la cabeza a un lado y continuó durmiendo.

Hubner fue al lavabo y se arrojó unas gotas de agua al rostro, para combatir

la somnolencia que se había apoderado de él. Debiera haber pedido una jarra con café, para entretener,, mejor la espera, pero no había querido comunicar sus planes a Olympia. La encargada parecía de su lado, pero no quería correr riesgos innecesarios.

Bostezando, consultó su reloj. Eran ya las dos de la madrugada.

La espera, se preguntó, ¿iba a resultar inútil?

Súbitamente oyó un gran estruendo en la escalera.

Alguien emitió un gruñido de cólera. Hubner se puso en pie instantáneamente.

Alarmada, Prudence despertó y se sentó en la cama.

—Spike, ¿qué...?

Un espantoso chillido se oyó de pronto en el exterior. Hubner abrió la puerta y se precipitó fuera.

Había un hombre sentado en uno de los últimos escalones, agarrándose con fuerza la mano izquierda. Hubner vio también una pequeña caja de cartón, volcada y abierta y, a un paso de distancia, una movediza cinta con rayas transversales rematada en una cabeza triangular, de vivo color rojo.

—¡Me ha picado! —gimió el individuo.

Hubner saltó hacia adelante y aplastó de un taconazo la cabeza del mortífero reptil. Luego se inclinó hacia el sujeto.

—¡Quintus! —exclamó.

La voz de Olympia se dejó oír en el vestíbulo:

—¡Spike! ¿Qué ocurre?

Hubner agarró el brazo de Quintus, que ya empezaba a hincharse. En el rostro del sujeto se advertía un enorme sufrimiento.

—Quintus, ¿por qué? —preguntó Hubner.

El hombre le miró suplicantemente.

—Me lo ordenó... él...

De pronto, su boca se torció en una mueca grotesca. Todo su cuerpo fue agitado por una espantosa convulsión. Se inclinó a un lado y rodó por la escalera, hasta detenerse en el próximo descansillo.

—¡Spike, hay que llamar a un médico! —gritó Prudence.

Hubner descendió los escalones de cuatro en cuatro y se arrodilló junto al caído, que se movía incesantemente en violentas sacudidas.

—No hay nada que hacer —dijo—. Era una serpiente «coral».

Olympia lanzó un grito de terror. Prudence creyó que iba a desmayarse.

—Olympia, hay que llamar a Winkler —dijo el joven.

—Sí, sí, ahora mismo... —La encargada se recogió la bata y echó a correr precipitadamente.

Por los labios de Quintus, cuyos movimientos se debilitaban con gran rapidez, asomaba ya una espumilla rosada. De cuando en cuando, las piernas del sujeto se sacudían espasmódicamente. Tenía los ojos vueltos hacia arriba y sólo se le veía el blanco del globo ocular.

Winkler llegó cuando Quintus había dejado de moverse.

—Una «coral» —dijo el joven—. Yo la he matado. Aún puede encontrarla en el pasillo.

Winkler se puso a sudar, como era habitual en él.

—¿Qué hacia este sujeto aquí, con una serpiente tan mortífera? —preguntó.

—Hace unas noches, debió de ser él, supongo, me puso un alacrán en la cama. Pude matarlo, pero, a lo que se ve, no había desistido de borrarme del mundo de los vivos.

—¿Es que traía la serpiente en la mano? —se asombró Winkler.

—No, claro. Ahí está la caja en que la portaba. Tropezó, cayó, la caja se abrió... Yo supongo que quiso cerrarla precipitadamente, antes de que la serpiente pudiera salir, pero el animal debía de sentirse muy furioso por el encierro y los golpes y, en cuanto vio una presa, atacó.

Winkler se pasó un pañuelo por la cara.

—¿Cree que ese tipo lo hizo por iniciativa propia? —preguntó.

—¿De qué me serviría acusar a otra persona, si no tengo pruebas? —dijo Hubner sarcásticamente.

—Está bien. Haré que se lleven el cadáver... Olympia, diablos, cúbrelo con una manta... —exclamó el jefe de policía con visible mal humor.

Hubner regresó al piso superior, después de pedir a Olympia una botella y dos vasos. Prudence estaba en su habitación y le hizo beber un trago.

—Así te sentirás mejor —dijo.

Ella asintió.

—De modo que esperabas a Quintus —murmuró.

—Esperaba a alguien. Nos hemos movido, sobre todo yo, demasiado estos días. El no puede permitirlo.

—No comprendo... Quintus tropezó...

—Con la ayuda de unas cuantas chinchetas sujeté un cordel de lado a lado en la escalera y en el penúltimo peldaño —explicó Hubner—. Hubiese tenido bastante con dos clavas, pero entonces habría tenido que pedir un martillo y habría hecho demasiado ruido. Las chinchetas solucionaron el problema. A fin de cuentas, sólo se trataba de hacer perder el equilibrio al intruso.

—Pudo haber entrado por la ventana...

—El otro día usó la puerta, seguramente, la de atrás. Hoy no tenía por qué variar el procedimiento.

Ella le miró fijamente.

—¿Sabes que tu acción le ha matado? —acusó.

Hubner respingó.

—Pru, lo que traía en la caja, ¿eran bombones? ¿Rosas? ¿Cigarrillos?

—Podías... podías haber empleado otro... procedimiento.

—No seas estúpida —dijo él duramente—. Yo quería que hiciese ruido al caer y lo conseguí. Deseaba atraparle y obligarle a hablar, no me interesaba que muriese. Imagínate que consigue entrar en mi habitación, estando yo dormido, y que me arroja la «coral» a la cama. ¿Qué habrías dicho entonces?

—Lo habría lamentado muchísimo. —Pru bajó la cabeza, avergonzada.

—Sí, y también hubieras dicho: «¿Por qué no se le ocurrió ser más precavido?»

—Basta, Spike, por favor; no me hagas más reproches. Estoy nerviosa...

Hubner se fue hacia la puerta.

—Te veré mañana, después de mi regreso de Churchcrest.

—¿Piensas ir allí?

—En cuanto haya desayunado.

—Te acompañaré...

—No, iré yo solo. Y, no te preocupes; también trataré de solucionar tus problemas. A fin de cuentas, luchamos por una causa común.

Hubner fue hacia la puerta, pero se volvió antes de abrir. Sonreía.

—Pru.

—¿Eh, Spike?

—Te dormiste en una silla. ¿Dónde estabas al despertarte?

Ella se puso colorada.

—Pero no temas, no ha sucedido nada —se despidió él.

CAPITULO X

Aunque disfrazada, estaba erguida y miró al joven con expresión llena de inquietud.

—¿Qué quieres? —preguntó Daphne en voz baja.

—¿Está él en casa?

—Sí. Pero ha dicho que no le molestemos para nada.

—Le guste o no, tendré que hablar con él, aunque primero lo haré contigo. ¿Sabes lo que le pasó a Quintus?

Daphne desvió la mirada.

—Esta casa me da cada vez más miedo —respondió.

—En cuanto haya terminado de hablar contigo, haz el equipaje, tira tu disfraz y vete —dijo Hubner.

—Creo que lo haré, Spike.

—Te conviene. Ya has estado aquí suficiente tiempo y, seguramente, habrás hecho algunos ahorros.

—Sí, eso es verdad. Me pagaba generosamente y apenas si he gastado la décima parte del salario.

Hubner sonrió.

—Creo que os tenía aquí para impresionar a ciertos visitantes y, además, para tranquilizarlos, aunque parezca paradójico.

—No entiendo —dijo ella desconcertada.

—Con tu aspecto habitual, resultas muy guapa, muy atractiva. Quintus era un tipo corriente y se disfrazaba también. Se supone que dos personas con aspecto tan horripilante, han de ser extremadamente fíeles a su amo. Por dicha razón, los visitantes que recibía con cierta periodicidad, se sentían muy tranquilos.

—Eran gente rara, que hablaban muy poco y siempre con cuchicheos. Solían llevar unos maletines negros y no los dejaban de la mano en ningún momento.

—Sí, es comprensible —dijo él.

—¿Acaso tenían miedo de que se los robasen?

—Seguramente. Daphne, dime, ¿has estado alguna vez en la habitación secreta?

—No, nunca —respondió ella instantáneamente.

—¿Ni siquiera para hacer la limpieza?

—Jamás. Nunca permitió que cruzásemos el umbral. Incluso, para entrar en ella, esperaba a estar solo. No le hemos visto nunca abrir la puerta, aunque sí hay un interfono por el que podemos llamarle, para casos de verdadera urgencia.

—Daphne, ¿habría algún modo de conseguir la llave de ese cuarto?

Ella hizo un gesto significativo.

—No veo cómo —respondió—. La lleva constantemente colgada del

cuello. Ni siquiera se la quita cuando me llama a su dormitorio.

—Y la puerta, tengo entendido, es muy sólida —murmuró Hubner pensativamente.

—Sí, eso es cierto. Spike, ¿qué diablos hace ahí? Cada vez que viene uno de esos visitantes, se pasa días y días encerrado en la habitación... Por supuesto, sale para comer, aunque en ocasiones, me hace prepararle una bandeja con café y bocadillos y se la lleva allí...

—Daphne, esos visitantes, ¿entran en la habitación secreta?

—Todos, no, Spike.

—¿Quiénes no han entrado?

—Bassiter y Prewitt. Fueron al despacho, pero ya no salieron.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Dijiste una vez que él se había ocupado personalmente de acomodar a sus huéspedes.

—Ahora ya no tengo por qué mentir —dijo Daphne.

—Muy bien. ¿Tienes coche?

—No...

—Utiliza el mío. Yo te indicaré dónde debes dejarlo cuando llegues a Atlanta. Luego, si no quieres seguir viviendo allí, márchate a otro sitio.

—Sí, haré lo que me digas —contestó ella, ansiosa de verse lejos de aquel lúgubre edificio.

—Bien, sube a tu habitación y haz la maleta. Cuando estés lista, avísame; voy al despacho de Van Roote.

—No tardare ni cinco minutos —prometió Daphne.

Con paso resuelto, Hubner se encaminó al lugar indicado. La puerta no había sido cerrada con llave, por lo que no tuvo dificultades en el acceso. Una vez en el interior, examinó con toda atención los detalles de la decoración.

Quizá, se dijo, Van Roote tenía documentos en alguna parte. Los papeles, sin embargo, importaban menos que las pruebas referentes a otros hechos.

Lentamente, fue examinándolo todo. De pronto, reparó en un botón situado sobre la mesa, que resultaba casi invisible, dada la forma en que había sido situado sobre el gran tablero de pulida madera de caoba.

La puerta se abrió en aquel instante. Daphne, con su verdadero aspecto, apareció en el umbral.

—Lista, Spike —anunció.

En aquel instante, Hubner presionaba el botón. Algo cedió súbitamente con sordo estruendo.

Daphne emitió un grito de sorpresa.

—¡Silencio! —dijo él.

Hubner dio la vuelta a la mesa y examinó el negro hueco que se abría al otro lado, un cuadro de casi dos metros de lado y por el que ascendía un fétido olor, verdaderamente repugnante.

—¡Dios mío, qué cosa tan espantosa! —Se asombró Daphne—. Nunca

imaginé...

—¿No lo sabías? —preguntó él.

—No, te lo juro.

Aquella trampa, que comunicaba con la ciénaga, situada cuarenta metros más abajo, no era un secreto que Van Roote compartiera con otra persona, pensó Hubner. Algunos se habían enterado, pero ya era demasiado tarde.

El sillón, apreció, giraba con la trampilla, de modo que su ocupante era lanzado inexorablemente al vacío. El respaldo era muy corto, a fin de que pudiera atravesar el hueco sin dificultad.

Hubner regresó a la mesa y apretó el botón nuevamente. La trampilla giró en sentido contrario y el suelo recobró su aspecto primitivo.

—Daphne, voy a pedirte una cosa —dijo.

—Sí, lo que quieras —respondió ella.

—No lo digas a nadie, ni siquiera en Atlanta, al menos por ahora.

—Cállate, descuida.

Hubner se acercó a la mujer y le dio un beso en la mejilla.

—Quizá algún día volvamos a vernos —sonrió.

—Ya te enviaré mis señas —contestó Daphne, con los ojos húmedos.

Hubner asintió, a la vez que la empujaba suavemente hacia la puerta.

—Anda, usa el interfono y dile que estoy aquí y que deseo verle con urgencia. Inmediatamente, lárgate y no pares hasta llegar a Atlanta. ¿Entendido?

—No hará falta que me lo repitas —aseguró Daphne.

* * *

Delmer van Roote abrió la puerta del salón y contempló críticamente al hombre que estaba sentado en un sillón, con una copa en la mano.

—La señora Sprague me ha informado de su visita —dijo secamente el dueño de la casa—. Lamento no haber podido venir antes; tenía un trabajo importante entre manos y me era imposible abandonarlo.

Hubner había estado aguardando casi treinta minutos, pero no dio muestras de enojo. Tomó un sorbo de la copa y movió la mano.

—¿Por qué no se sienta? Estaríamos más cómodos...

—Gracias, estoy bien de pie Además, le ruego sea breve —contestó Van Roote con sequedad.

—Como guste. Señor Van Roote, deseo me diga claramente dónde está su esposa.

—Me abandonó. No he vuelto a saber de ella.

—Con la mayor educación posible, le diré que está mintiendo. Su respuesta es absolutamente falsa, salvo en lo referente al abandono. Sí sabe dónde está... su cadáver.

Las cejas de Van Roote se alzaron.

—¿Insinúa que la maté?

—Lo afirmo.
—Aunque eso fuese cierto, tendría que probarlo, me parece.
—Quizá lo consiga. Una cosa es rigurosamente cierta: ella vino aquí hace once años, para discutir con usted ciertos aspectos legales de sus propiedades... y ya no volvió a ser vista.
—Se pone usted muy melodramático —sonrió Van Roote—. Repito que se marchó y que no volví a verla. Pero si tan seguro está que la asesine, ¿por qué no intenta demostrarlo?
—Usted trata de sugerirme que una de las cosas que primero debería hacer es encontrar el cadáver, ¿no es así?
—Lo requiere la ley —dijo enfáticamente el dueño de la casa.
—Salvo cuando hay indicios lo suficientemente sólidos para aceptar la tesis del asesinato.
—Bueno, aun admitiendo que yo lo hiciera, nadie me vio, nadie fue testigo del supuesto crimen... No podría presentar usted la más mínima prueba contra mí.
—Quizá la encuentre —dijo Hubner.
—Avíseme, entonces, ¿eh? —contestó Van Roote, burlón.
—Usted será el primero en saberlo, créame. Pero recuerde que estoy también en Eastcrane por otros motivos.
—Si se refiere a Bassiter, se marchó...
—¿De la misma forma que lo hizo Prewitt?
Hubo un momento de silencio. Hubner pudo apreciar las minúsculas gotitas de sudor que habían aparecido en la frente de Van Roote. A pesar de todo, el hombre mantenía su aspecto de firmeza, con cierta dosis de ironía en su expresión.
—Será mejor que se marche —dijo Van Roote al cabo.
—Tiene trabajo, creo.
—Sí.
—¿En la habitación secreta, que nadie sino usted puede ver?
—Hubner, me está causando ya demasiadas molestias...
—A decir verdad —le interrumpió el joven—, he empezado a molestarle desde el momento de mi llegada. Quizá por eso me envió el alacrán. Y como pude evitar la picadura del bichito, me envió después algo más fuerte: una serpiente «coral».
Los ojos de Van Roote se achicaron.
—Pruébelo —le desafió.
—Quintus está muerto. Ni siquiera tuvo tiempo de hablar. La mordedura de una «coral» es fatalmente rápida.
—Sí, lo es, pero lo que he oído hasta ahora no tiene mayor importancia. Palabras, palabras... —contestó Van Roote despectivamente.
Hubner se puso en pie.
—Pronto habrá más que palabras —aseguró.
—¿De veras?

—No siempre va a poder presionar a las gentes de Eastcrane. Aunque, a decir verdad, esa especie de comportamiento de señor feudal era la tapadera de algo muchísimo más productivo.

Van Roote dio muestras de inquietud.

—Los hombres de Eastcrane son vagos, estúpidos, detestan el trabajo... Se merecen estar donde están —respondió.

—Indudablemente, pero eso que ha dicho se desvía del objetivo principal. ¿Qué hay al otro lado de la puerta de ese cuarto secreto?

—Hubner, váyase de una vez o no respondo de mí —dijo Van Roote coléricamente.

—Sí, ya me marcho. Por cierto, Zacharias me encargó le diese las gracias por las cuatro cajas de whisky que le envió.

—Ese viejo idiota es un alcohólico empedernido. Y yo no le he enviado siquiera una botella de whisky.

—Pero le ha dado dinero para comprar el licor, que viene a ser lo mismo. ¿Le digo los motivos?

Van Roote estaba lívido. Hubner decidió que ya había hablado bastante. No era prudente continuar provocándolo; podía perder los estribos y... tenía muchos deseos de vivir.

En silencio, abandonó el salón y, con paso vivo, emprendió la marcha hacia el pueblo.

CAPITULO XI

Prudence escuchó atónita el relato de la entrevista. Cuando el joven hubo terminado de hablar, casi no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Bueno, pero, en resumidas cuentas, ¿qué has sacado en limpio? —preguntó.

—En primer lugar, le he puesto nervioso. Ahora ya sabe que Zacharias no ha podido mantener quieta la lengua, aunque a nosotros no nos dijera nada. Pero eso él no lo sabe. Quiero decir, que ignora la estancia de su hija en Eastcrane.

—Sigue —pidió ella, muy interesada.

—Puesto que sabe ya que Zacharias ha hablado, intentará evitar que encontremos las pruebas de su crimen.

—Es decir, no quiere que hallemos el cadáver de Clarissa.

—Exactamente.

Ella le miró de reojo.

—¿Tú crees que está en el panteón?

—Sí.

—Aun así, puede ser una prueba inaceptable para un tribunal, sobre todo, si no se observan síntomas de violencia. Y si hubo envenenamiento, en once años, los restos del tóxico se han volatizado.

—Una respuesta llena de admirable contenido forense —elogió Hubner.

—No te burles de mí. Sabes que digo la verdad —exclamó Prudence, enfurruñada.

—Sí, preciosa, lo sé. Pero si consiguiéramos que Van Roote fuese al panteón y derribase la puerta, ¿no podríamos ponerle en un apuro de los gordos?

—Eso es verdad, Spike.

—Es lo que intento hacerte ver, encanto.

—Spike, habría que ver si Winkler quiere correr el riesgo de arrestarle —dijo Prudence súbitamente.

—Creo que le convendría. Cuando este asunto estalle, hará mucho ruido. Aparte de que está harto de Van Roote, Winkler, pese a su aspecto, es lo suficientemente listo para comprender de qué lado debe ponerse.

—Estoy de acuerdo contigo. Sin embargo, quedan otros crímenes por aclarar.

—Dudo mucho que lo consigamos. En el panteón, podremos encontrar algo. En la ciénaga, no.

—¿Cómo sabes que lanzó los cadáveres al pantano?

—Yo me pregunto cómo no hizo lo mismo con el cuerpo de su esposa —murmuró el joven pensativamente—. A estas horas, no quedarían ya ni los huesos de la pobre Clarissa, suponiendo que pudiéramos localizar el sitio. Pero en el panteón... algo quedará todavía.

Prudence se estremeció.

—Los huesos, jirones de ropa...

—Van Roote tiene en su despacho una trampa mortal —explicó Hubner—, Se abre el suelo y la víctima cae a través de un pozo, hasta la ciénaga. ¿Por qué no arrojó allí a Clarissa?

Los ojos de Prudence estaban desmesuradamente abiertos.

—¡Spike! ¿Qué fantasías me estás contando? —exclamó.

Antes de que el joven pudiera contestar, un hombre se acercó a la mesa donde almorzaban.

—Señor Hubner, deseo hablar con usted —manifestó Dingus Akron.

* * *

El tabernero parecía muy preocupado. Hubner adivinó su estado de ánimo y señaló una silla.

—Siéntese —invitó—. Y hable sin miedo; no tengo secretos para la señorita.

Akron se frotó la barba, con vello de varios días.

—Ustedes quieren saber lo que le sucedió a la señora Van Roote —dijo.

—Nos gustaría, en efecto —contestó Hubner.

—Está muerta.

—Eso ya lo suponíamos, Dingus.

—En el panteón.

—También lo imaginábamos. La cuestión es: ¿Fue asesinada?

—No podría afirmarlo, señor —respondió Akron—. Pero si puedo decirles que la vi muerta.

—¿Seguro? —exclamó Prudence ansiosamente.

—El señor Van Roote la llevaba en brazos. Yo había salido a ver si encontraba algo en mis cepos... A veces, coloco algunas trampas...

—Siga, por favor —pidió Hubner.

—Bueno, prácticamente era de noche. Yo me encontré con ellos inesperadamente. El señor Van Roote me dijo que su esposa había fallecido de un ataque al corazón y que quería enterrarla él solo, sin ceremonias ni testigos.

—¿Y le creyó?

—¿Por qué no? Ella no presentaba señales de violencia. Si la hubiera estrangulado, por ejemplo, yo hubiera visto las huellas en la garganta; la bata que llevaba puesta era muy escotada. También habría visto sangre... Pude darme cuenta de que estaba absolutamente sin color. Por tanto, me pareció que decía la verdad.

—Y no lo comunicó a nadie.

—Oh, sí, se lo dije a Winkler y a algunos otros. Pero las gentes de Churchcrest siempre fueron muy raras. Luego, a los pocos días, él presentó un certificado médico. ¿Qué más podíamos hacer?

—Nada, en efecto —convino el joven—. La declaración de un médico elimina toda sospecha, Dingus.

Akron meneó la cabeza.

—De todos modos, aquello no gustó demasiado —añadió—. Pobre señora, enterrarla sola... Ella tenía muchos amigos, ¿saben? Nos hubiera gustado asistir a la ceremonia... Enterrarla sin las oraciones de un pastor no estuvo bien, no, señor.

Prudence levantó una mano.

—Dingus, aquí, en los pueblos, se sabe y se comenta todo. ¿Sabían si la señora Van Roote padecía del corazón?

Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente.

—Oh, no, claro que no teníamos la menor idea de su enfermedad. Al contrario, la señora fue siempre una persona con una salud de hierro. Jamás padeció la más mínima enfermedad..., pero, claro, con los disgustos que le daba su esposo, los malos ratos y las desazones que tuvo que pasar, hasta que decidió separarse de él... En este caso, quizá si le falló el corazón...

—Dingus, le damos las gracias por sus informes —dijo Hubner—. Pero todavía querríamos saber algunas cosas más, si puede contestamos.

—Sí, lo que quieran.

—A veces, vienen gentes extrañas a Churchcrest. Quizá se hayan parado en su taberna a tomar un trago. ¿Ha oído en alguna ocasión comentarios sobre lo que venían a hacer aquí?

Akron pareció concentrarse unos segundos.

—Hace algún tiempo entraron dos tipos... Uno de ellos llevaba un portafolios y lo tenía constantemente en la mano, sin soltarlo para nada. Hablaba con su acompañante y le oí decir que, cuando regresasen y las pusieran de nuevo a la venta, no las iba a conocer ni el tipo que las hizo. Dijo también que era una operación que resultaría cara, si no fuese porque la materia prima no costaba apenas.

—¿Materia prima? —repitió Prudence.

—Eso dijeron, señorita, aunque no puedo imaginarme de qué se trata —respondió el tabernero—. Pero sí estoy seguro de que dijeron que lo haría el señor Van Roote.

—Está bien, muchas gracias.

—La hija de Clarissa lo tendrá en cuenta, cuando recobre lodos sus bienes —sonrió Prudence.

Akron se llevó un dedo a la sien y abandonó el comedor. Hubner y la muchacha cambiaron una mirada.

—Bien, ¿qué te parece? —dijo él.

—Algo hace Van Roote en este famoso cuarto secreto. Viene la gente aquí, le trae la «materia prima» y él la transforma, de modo que ni su autor la conoce después. Los que traen esos materiales son gentes sospechosas. ¿Se te ocurre alguna idea sobre el particular?

—No, excepto que se trata de algo ilegal. A menos que se dedique a

falsificar moneda...

Los ojos de la muchacha brillaron súbitamente.

—Ya está —dijo.

—Vamos, suéltalo, encanto.

—En tiempos, Van Roote fue un joyero famoso. Orfebre, estaría mejor dicho. Había conseguido una gran reputación y fabricaba joyas verdaderamente sensacionales, que tenían un éxito sin precedentes. Pero, en cierta ocasión, «desaparecieron» doce rubíes que le habían entregado para componer un aderezo. Estuvo a punto de ir a parar a la cárcel y allí se acabó su buena fama.

—Creo que entiendo. Le traen joyas robadas y él, mediante su trabajo, las transforma en otras, que resultan completamente desconocidas y que pueden ser vendidas de nuevo, con un margen de beneficios realmente provechoso.

—Claro. Los ladrones cobrarán una miseria y los intermediarios son los que se llenarán los bolsillos.

—Como siempre —sonrió él—. Pero eso interesa menos que lo que podemos encontrar en el panteón.

Prudence volvió a la realidad.

—Es cierto —concordó—. ¿Piensas echar abajo el tabique?

Hubner señaló hacia el jefe de policía, que entraba en el comedor en aquellos instantes.

—El señor Winkler estará presente allí esta noche, con nosotros —respondió—. Jefe, ¿qué me contesta usted?

El joven había hablado con Winkler, antes de reunirse con Prudence. Winkler se secó el sudor y movió la cabeza pesadamente.

—De acuerdo —contestó.

—De acuerdo, ¿en qué? —preguntó la muchacha.

Hubner se volvió hacia ella.

—Van Roote irá esta noche al cementerio, a fin de borrar las pruebas de su crimen. Nosotros estaremos allí —dijo muy serio.

* * *

Winkler entró en la cabaña de Zacharias y lo encontró sentado melancólicamente, ante una cafetera humeante.

—Virgil, no salgas de aquí para nada durante toda la noche —ordenó severamente.

—Sí, señor.

—Si abandonas esta hedionda choza, si emites el menor sonido, te acusaré de complicidad en un asesinato. El cómplice sufre la misma pena que el autor, ¿lo sabías? Además, en presidio no dan whisky.

Zacharias levantó una mano.

—Juro que me estaré quieto y que callaré toda la noche —dijo solemnemente.

Winkler le miró con expresión de desprecio.

—Lo mejor que podrías hacer es vaciar una botella; así te dormirías tranquilamente.

Dio media vuelta y salió de la cabaña. Hubner y Prudence aguardaban a unos pasos de distancia.

—Ya está solucionado. No nos molestará —dijo Winkler.

Hubner levantó la vista hacia Churchcrest, a poco más de un kilómetro de distancia. Se veían algunas luces en la casa.

—¿Qué estará pensando ese hombre? —murmuró—. Quintus ha muerto, Daphne le ha abandonado...

—Y él está solo y sabiendo que ya hemos averiguado que mató a Clarissa —añadió Prudence.

—Pero tapó su crimen con un certificado médico.

—A mi no me lo enseñó, aunque sé que hubo quienes lo vieron —intervino el policía.

Hubner asintió.

—Probablemente, sería falso. Incluso cabe la posibilidad de que lo redactase él mismo. De todas formas, poco importa. Pronto saldremos de dudas.

—Spike, imagínate que no viene en toda la noche. ¿Qué haríamos? —consultó la muchacha.

—Tenemos al jefe Winkler. El nos autorizaría a derribar el tabique que tapa la entrada al panteón.

—Por supuesto —contestó el mencionado.

Buscaron un lugar discreto y se dispusieron a aguardar. Las ranas croaban en el pantano. A lo lejos, ululaba un búho. En alguna parte, se oyó el monótono canto de un chota-cabras. La atmósfera era densa, deprimente. Pese a la hora, hacía calor y la humedad convertía la espera en algo realmente incómodo y fastidioso.

Transcurrió una hora. De pronto, Hubner vio algo.

—Se han apagado las luces de Churchcrest. Pronto lo tendremos aquí —dijo.

Veinte minutos más tarde, divisaron una chispita de luz que oscilaba irregularmente. Hubner asió el brazo de la muchacha.

—Cuidado —dijo a su oído.

Prudence asintió. Hubner vio que Winkler acariciaba el cañón de su revólver y le tocó en el hombro.

—Nada de armas, a menos que sea absolutamente necesario —aconsejó—. Y, por favor, déjeme actuar cuando llegue el momento.

—Está bien.

Van Roote llegó muy pronto a la explanada que había ante el panteón, cargado con algunas cosas. Encendió Otra lámpara mayor y la dejó en el suelo, directamente enfocada al muro que cerraba el paso.

Había traído consigo una barra de hierro y un pico, con el que empezó a

atacar el espacio situado entre dos piedras. Hubner calculó que habría planeado la muerte de Clarissa mucho antes, llevando las piedras y la argamasa al cementerio con tiempo suficiente, para, en el momento adecuado y en una sola noche, ejecutar el plan tan fríamente trazado.

Sonó el primer golpe. Van Roote atacó vigorosamente el muro, ajeno por completo a la observación de que era objeto. Hubner, Prudence y el jefe de policía guardaban un silencio completo.

Una hora más tarde. Van Roote, por fin, pudo separar la primera piedra. El hueco quedaba a la altura de su pecho y encendió la segunda linterna, para mirar al interior del mausoleo.

Una sorda exclamación de cólera brotó de sus labios. Hubner se preguntó que podía causar su enojo. Van Roote, furioso, dejó la linterna a un lado y continuó su tarea.

Al cabo de otra hora, había abierto ya el hueco suficiente para poder traspasar el muro sin dificultad. Pero entonces ocurrió algo inesperado.

Las luces de Churchcrest se encendieron de golpe. Van Roote se había detenido unos instantes para enjugarse el sudor y pudo verlo con toda facilidad. Lanzando una horrible blasfemia, abandonó su tarea y echó a correr hacia la cumbre de la colina.

—¿Que le habrá pasado? —exclamó Prudence, desconcertada.

—No lo sé, pero yo no pienso desaprovechar la ocasión —contestó el joven, a la vez que echaba a correr hacia el panteón.

Al llegar frente a la entrada, se apoderó de la lámpara grande y enfocó sus rayos hacia el interior del mausoleo. Procuró dominarse al ver aquel esqueleto que yacía en el suelo, cubierto apenas por algunos harapos.

—Dios mío —murmuró—. Eso es todo lo que queda de la pobre Clarissa.

Frunció el ceño. El brazo derecho del esqueleto estaba tendido hacia la puerta, como si quisiera llegar hasta ella para abrirse paso y salir al exterior. Hubner sintió que se le ponían los pelos de punta.

Entonces vio algo que llamó poderosamente su atención. Sin pensárselo dos veces, entregó la linterna al policía y pasó a través del hueco. Recobró la linterna y se acuclilló para recoger el cuadernito que había en el suelo, junto a la descarnada mano del esqueleto.

Sólo necesitó leer las primeras líneas. Fue suficiente para que se confirmaran sus sospechas.

Al lado del cuaderno había una pluma de un diseño muy especial. La recogió, examinándola unos instantes, y luego se acercó a la abertura.

—Van Roote la enterró viva —dijo—. Clarissa murió aquí de hambre y de sed.

Prudence lanzó un grito de terror. Winkler sacudió la cabeza varias veces.

—No podemos perdonar ese crimen —exclamó.

—Spike, eso explica los golpes que oía Zacharias...

Hubner atravesó el hueco nuevamente y entregó a la muchacha el cuaderno y la pluma.

—Guarda esto —dijo—. Son las pruebas irrefutables del crimen que cometió ese miserable. —Alargó la mano derecha—. Jefe, por favor, préstame su revólver. Voy a detener a Van Roote.

Winkler se quitó la placa y la puso en la chaqueta del joven.

—Le nombro mi delegado, con plena autoridad —exclamó.

CAPITULO XII

Los tres individuos se movían por la casa, revolviéndolo todo, sin importarles causar desperfectos en el mobiliario. Jules Rhine encabezaba el trío y no era el menos activo, aunque sí, prácticamente, el único que hablaba, pero sólo para vomitar blasfemias y juramentos de toda clase.

—Me pregunto dónde tendrá escondido ese bastardo su botín —dijo al cabo de unos momentos de inútiles pesquisas.

Lefty Miles, uno de sus hombres de confianza, se detuvo súbitamente delante de una puerta de recios paneles de madera. Intentó abrirla, pero no lo consiguió.

—Habría que echarla abajo —gruñó.

Su compinche, Roy Talera, no se lo pensó dos veces y cargó con el hombro contra la puerta, sólo para salir rebotado de mala panera.

—¡Diablos, debe de estar blindada! —exclamó.

Rhine chasqueó los dedos.

—Lefty, en el maletero del coche hay una barra de hierro —indicó.

—Sí, jefe.

Miles echó a correr. Salió de la casa y se acercó al coche. Cuando se inclinaba hacia el portaequipajes, algo le golpeó el cráneo con terrible dureza.

Van Roote dejó a un lado el grueso pedrusco con el que había abatido al sujeto y se agachó, apoderándose de una pistola que llevaba bajo la chaqueta. Luego, con grandes precauciones, entró en la casa.

Pisando de puntillas, sin que los otros dos advirtieran su presencia, se encaminó ni despacho. Abrió la puerta y vio la estancia completamente revuelta. Sintióse invadido por una terrible oleada de furia, pero procuró dominarse.

Las cosas se le habían complicado demasiado últimamente. Luego tendría que volver al cementerio y...

Antes, sin embargo, tenía que deshacerse de aquellos tipos. Levantó la voz y gritó:

—¡Eh! ¿Quién anda por ahí?

Rhine y Talera oyeron la voz y corrieron hacia el lugar de donde procedía. El asombro de los dos individuos fue enorme al ver a Van Roote sentado detrás de la mesa.

—¿Dónde estaba antes? —gritó Rhine.

—Por ahí —sonrió el dueño de la casa—. Siéntese, Jules, ¿quiere?

—Escuche, no he venido aquí a celebrar una conversación de sociedad. Usted me debe... lo que me debe y quiero cobrarlo.

—No tengo dinero contestó Van Roote tranquilamente.

—Tiene joyas. Usted las transforma. Le traen las que roban y cobra una buena comisión por hacerlas irreconocibles. Déme todo lo que tenga por casa y olvidaré la deuda.

—Discutamos eso amistosamente. Siéntese, hombre. Sí, tengo joyas, pero valen mucho más de lo que le debo y será preciso tasarlas.

Rhine apretó los labios y acabó por ocupar el sillón.

—Le gusta mucho jugar en las carreras, pero siempre apuesta por el caballo perdedor —dijo ceñudamente.

—¿No será que usted me aconsejaba siempre el caballo que sabía iba a perder?

—Fui honesto con usted...

Rhine no pudo seguir hablando.

El suelo se abrió bruscamente bajo sus pies y cayó al vacío, lanzando un grito de terror. Talera, estupefacto, abrió la boca. Antes de que pudiera hacer el menor movimiento, Van Roote le metió una bala en el estómago.

El hampón cayó de rodillas, gimiendo sordamente. Van Roote se levantó, dio la vuelta y, agarrando al sujeto por los cabellos, lo arrastró hasta el hueco.

Talera chilló agudísimamente, pero no tenía fuerzas. Emitiendo un aterrador alarido, se sintió caer en aquel negro pozo. El pánico le hizo perder el sentido antes de chocar contra la hedionda superficie de la ciénaga.

Van Roote respiró profundamente, tratando de calmarse. Por suerte, se dijo, había llegado a tiempo. Ahora tendría que volver al cementerio...

No, se contradijo a sí mismo. Ya no podía perder más tiempo. En el cuarto secreto, que era su taller, donde fundía los metales preciosos y engastaba las gemas en las joyas de nueva creación, tenía una verdadera fortuna. Se marcharía inmediatamente. Cuando supiesen en el pueblo que se había fugado, ya sería tarde y él estaría en México.

Cerró la trampilla y se dispuso a salir. Entonces vio a Hubner parado en el umbral, con un revólver en la mano.

Van Roote maldijo. Había dejado la pistola sobre la mesa y ya no tendría tiempo de recobrarla. Hubner dispararía antes.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

—¿En qué puedo servirle, señor Hubner?

—Señor Van Roote, le arresto por el asesinato de su esposa Clarissa —dijo el joven sin alterar el tono de su voz.

* * *

Van Roote se echó a reír.

—¿Quien le ha hecho creer en semejante tontería? —exclamó—. Clarissa murió de un ataque al corazón. Tengo el certificado médico; puedo enseñárselo, si gusta.

—Ese certificado o miente o es falso. Hemos entrado en el panteón y encontrado los restos de su esposa.

—Es natural, puesto que la enterré allí.

—Sí, la enterró, pero viva.

Van Roote frunció el ceño.

—Tiene usted una inventiva prodigiosa —dijo—. ¿Quién le ha hecho creer semejante tontería? ¿Cómo puede pensar que yo enterré viva a la mujer a quien amaba más que a mi propia vida?

—Puede que la amase, no lo niego; pero la idea de perderla le resultó insoportable y por eso decidió proporcionarle la muerte más horrible que puede sufrir una persona, allí sola, en el panteón, sin nadie que pudiera oír sus desesperadas llamadas de auxilio...

—¡Qué dramático es usted, amigo mío! —rió Van Roote—. Pero, ¿por qué no se sienta y me cuenta con todo detalle ese relato que parece una tragedia medieval?

Hubner no se inmutó y prosiguió:

—Ella no quería seguir viviendo al lado de un hombre, que le convertía su existencia cotidiana en algo insufrible. Por si fuese poco, Clarissa estaba sinceramente enamorada de otro, un hombre digno y honesto, que la amaba con todas sus fuerzas. Ella estaba dispuesta a emprender una nueva vida al lado de ese hombre y usted, loco por los celos, decidió que debía morir. Y ejecutó su diabólica idea.

—En todo caso, ¿podría probarlo?

—Sí.

—Bien... Hombre, por todos los diablos, siéntese de una vez...

—Muchas gracias, pero no tengo ningún interés en viajar a la ciénaga a través del pozo que usted ha utilizado en más de una ocasión.

—Ah, lo sabe...

—Sí. Lo averigüé por casualidad.

—Es una lástima. Tendré que buscar otro medio para matarle. El tonto de Quintus falló... Pero hablábamos de Clarissa. Usted no podrá probar nunca que fue un asesinato.

—Se equivoca —dijo Hubner calmosamente—. La noche en que decidió la muerte de su esposa, ella estaba en su dormitorio, haciendo algunas anotaciones en una agenda que solía llevar consigo. Al entrar usted, ella guardó la agenda en el bolsillo de la bata, así como el bolígrafo que utilizaba en aquellos momentos. Usted le traía, amablemente, un gran vaso de leche, que Clarissa solía tomar habitualmente antes de acostarse. Pero en la leche había disuelta una gran dosis de narcótico, lo suficiente para que durmiera de doce a dieciocho horas. Era tiempo más que sobrado para llevar a cabo sus planes... y así lo hizo y la encerró viva en el panteón.

—¡Caramba! —dijo Van Roote, sinceramente asombrado—. Diríase que estuvo contemplando la escena.

—No. Lo ha dicho Clarissa.

Van Roote soltó una estruendosa carcajada.

—Oiga, nadie puede vivir once años sin comer ni beber...

—Verá, en aquella época, había una compañía de aviación que solía regalar a los pasajeros, como propaganda, bolígrafos que escribían por un lado y eran una linternita por el cabo.

El asesino se puso pálido.

—Usted —prosiguió Hubner, implacable—, la llevó al panteón, apenas la vio dormida, sin preocuparse de quitarle nada de lo que llevaba sobre sí. Incluso le dejó el reloj calendario, por lo que ella pudo anotar las fechas que iban transcurriendo en su encierro... utilizando para ver el reloj la luz de su minúscula linterna, que podía separarse del bolígrafo, si se necesitaba. Así pudo ver también lo necesario para anotar, día a día, los indescriptibles sufrimientos que le causaba su situación. Clarissa escribió su diario en la tumba... ¡y así puede acusarle ahora de su asesinato, sin que usted pueda refutar uno solo de sus alegatos!

Van Roote abrió la boca. Quería hablar, pero no tenía fuerzas para articular una sola palabra.

El suelo trepidó ligeramente. Hubner frunció el ceño.

De súbito. Van Roote, lanzando un grito ronco, ininteligible, se precipitó hacia el joven, sin importarle en absoluto la amenaza de la pistola. Hubner se aprestó a rechazar el ataque. Podía haber disparado, pero no quería hacerlo. Van Roote debía purgar su crimen, preso durante el resto de sus días. En cierto modo, conocería en carne propia los tormentos que había sufrido su esposa, sepultada viva en el panteón y sin posibilidades de recibir ningún auxilio.

Entonces, se produjo un nuevo temblor, más fuerte que el anterior. El suelo osciló con violencia y Van Roote perdió el equilibrio y cayó, emitiendo un fuerte grito.

Hubner presintió la catástrofe y echó a correr para salvar la propia vida. Ya darían caza al asesino, se dijo, mientras descendía los escalones de cuatro en cuatro.

Salió fuera. El fragor del cataclismo iba en aumento. En aquel instante, vio que alguien se movía y corrió a ayudar al individuo, arrastrándolo por los brazos lejos del edificio.

Lefty Miles murmuraba palabras entrecortadas contra el hombre qué le había golpeado. Hubner le dio un codazo.

—Será mejor que corras, si quieres salvar el pellejo —aconsejó.

Los dos hombres se alejaron un centenar de pasos. De pronto, oyeron un agudísimo chillido.

Hubner se volvió. Van Roote estaba en el umbral de la puerta, con el lado derecho de la cara cubierto de sangre. En el mismo instante, con el estruendo de cien cañones disparados a un tiempo, la casa se desplomó sobre su dueño.

Hubner y el matón huyeron, enloquecidos de pánico. La colina se movía horriblemente. Tremendos ruidos sonaban por todas parles. Al joven le pareció que el mundo se iba a romper en mil pedazos.

Repentinamente, se oyó un horroroso chasquido. Una enorme grieta se abrió a unos doscientos metros del lugar donde había estado la casa y la colina se hundió, dividida en un millón de fragmentos de todos los tamaños. Algo parecido a un gigantesco alud de tierra y roca descendió con enorme fragor

hacia la ciénaga, en cuyas profundidades insondables desaparecieron los últimos restos de Churchcrest.

Luego, poco a poco, volvieron la calma y el silencio.

* * *

—Debajo de la ciénaga, había corrientes subterráneas que, durante siglos, corroyeron los estratos inferiores de la colina, que desempeñaban el papel de cimientos. Un leve temblor de tierra movió los últimos puntos de apoyo y la loma se derrumbo sin remisión. Mc lo ha explicado un geólogo amigo, a quien le conté lo sucedido —dijo Hubner días más tarde,

Tower, el abogado, asintió.

—De todas formas, Ruby no lo lamentará —aseguró.

—No, no lo lamento —confirmó la interesada, una hermosa muchacha de veintiún años, presente en la reunión—. Lo único que me duele es lo que tuvo que padecer mí madre...

Hubner echó una mirada al diario y al bolígrafo con que había sido escrito, y que estaban encima de la mesa de trabajo del ahogado.

—Esas son las pruebas —dijo.

Tower asintió.

—Las presentaremos para realizar todos los trámites legales —manifestó —. Después...

Ruby hizo un ademán.

—Después, quemará ese diario, señor Tower —ordenó.

—Como tú dispongas, muchacha.

Prudence se acercó a su amiga y la besó cariñosamente.

—Lo olvidarás todo y serás feliz —vaticinó.

Ruby hizo un esfuerzo por sonreír.

—Te haré un buen regalo de boda —prometió.

—Spike, gracias por todo —dijo Tower.

Hubner agitó una mano.

—Ya nos veremos —se despidió.

Prudence salió con el joven.

Un largo suspiro brotó de sus labios.

—Bueno, todo ha terminado —dijo, satisfecha—. He pasado mucho miedo, pero valía la pena, ¿no crees?

—Sí. Miles ha «cantado». Rhine se enteró de lo que hacía Van Roote en Churchcrest y decidió que no podía esperar a mi regreso para cobrarse la deuda. Se han perdido sumas enormes en las joyas que había allí, pero, también, ha sido posible atrapar a la banda que se dedicaba a esa clase de operaciones.

Guardaron silencio unos momentos, mientras caminaban por la acera, en la mañana cálida y soleada. De pronto, ella dijo:

—Spike, Clarissa debió padecer las mil agonías...

—Trata de olvidarlo —aconsejó él—. Ahora, descansa en paz.

—Sí —murmuró Prudence, honradamente conmovida—. Pero es hora de que empecemos a pensar en cosas menos tristes.

—Por ejemplo, lo que un hombre y una mujer pueden hacer... mediante un certificado de matrimonio. Claro que también se puede hacer sin papeles...

—Conmigo, ni lo intentes, sátiro —dijo ella vivamente.

Hubner sonrió y sacó algo de su bolsillo.

—¿Y si te enseño esto?

Prudence leyó las primeras frases del documento.

—Bueno, en tal caso... Es un argumento muy convincente, Spike.

—Y tú, como abogado, no aceptas argumentos que no vayan acompañados de pruebas.

—Exactamente.

—Entonces, aceptas esta prueba.

Prudence se apoderó del certificado.

—Me lo quedo —dijo.

—¿No te fías de mi?

Ella le guiñó un ojo.

—Es que quiero utilizarlo cuanto antes —contestó.

—¿Hoy?

—La fecha está en blanco, observo,

—Sí, encanto.

—Entonces, ¡hoy!

FIN